BLANCO MÓVIL

155 / 156

MÉXICO COLOMBIA entre la TRAGEDIA y la ESPERANZA

FOTOGRAFÍAS DE RODRIGO MOYA

PRIMAVERA-VERANO 2023 $50.00

BLANCO MÓVIL 155 / 156

MÉXICO-COLOMBIA ENTRE LA TRAGEDIA Y LA ESPERANZA

Los primeros pasos

Eduardo Mosches

Las calles de las ciudades se anudan angustiosamente, mientras los cuerpos van resbalando, golpeados por una bala con aroma a cocaína, armando nubes de codicia. De un lado al otro de las fronteras, cargando deseo e ilusiones sobre la caparazón de un tren bestial, que deja regueros, muñones de piernas de esos caminantes que buscaban senderos nuevos para vivir algo mejor, ellos y los otros. Esperanza teñidas de esperas entre los montes, nubes plenas de automóviles cargados de deseos , cambio de colores. Los golpean, sin misericordia entre bandas de narcotraficantes y los fusiles oficiales de los guardias fronterizos, que sólo resguardan a los usureros de la vida ajena. Dos países unidos por la pobreza, por la insurgencia campesina, acunados entre los pobres y los nadies, por los dientes descarnados de los ritmos musicales, que se hermanan entre cumbia norteña y cierta ranchera apresurada. Algún poeta dice: "Como si el ruido de los *cráneos en las fosas se pareciera al silencio…"* Estos dos países, y su gente deambulando entre la alegría momentánea, la caña hecha licor que se divierte los fines de semana, un aparato de justicia que es tortugamente burocrático y solo funciona a favor, de un lado de la sociedad. La cultura del valor, la angustia, el miedo. Como alguien ha dicho "melancólico por lo perdido y festivo porque por lo menos estamos vivos". Los cuerpos de jóvenes mujeres se encuentran en la arena seca y a veces pegajosa del desierto, *"llegó el tiempo del horror*, la muerte de mujeres, las cruces rosadas en baldíos.." La violencia se ha convertido en una brutal e inmisericorde realidad diaria que conduce a un temor casi persistente, que se canaliza hacia la sensación de un ámbito social amenazante y angustioso. Duele soñar y dormir. Pero la palabra y el actuar sencillo, puede ser un poder para vencer las angustias crecientes, el dolor por las víctimas, para intentar crear una sociedad en que el temor se desvanezca, si unimos fuerzas, desde la visión de los humanos, para no darnos a vencer, de ascender junto a las nubes de un café negro y caliente y sonreír, con cierto dolor, pero sonreír. Caminar entre un Macondo y un Comala. Resistir con la palabra y enfrentar a esta realidad brutal y amarga.

México en la poesía colombiana*

Fabio Jurado Valencia

Elías Nandino

Lo visité en su casa de Cocula
me habló de Barba Pellicer y Novo
me pareció un viejo ángel terrible que calcula
escribir su último libro en la eternidad del polvo.
Jorge Bustamante

La poesía habla de la poesía. En el arte, la transcreación hace parte de su propia naturaleza. El pensamiento aprende a escribir, al procesar la experiencia de las múltiples lecturas, sea del poema, de la composición musical, de la pintura, de las geografías en el viaje con sus historias y monumentos o de la gestualidad de las personas. Leemos el mundo y transponemos sus sentidos en la semiótica de las palabras. Como en los palimpsestos, en el arte literario perviven las imágenes del pasado, si bien emborronadas por el tiempo pero finalmente reconocibles: es lo que rastreamos en los autores colombianos cuyas obras devienen de la literatura mexicana o aluden a ella.

Así, la voz de Sor Juana se enhebra en la escritura de Francisco Álvarez de Velasco en el siglo XVII, como ocurrirá también con la voz de Manuel Gutiérrez Nájera, latente en la poesía de José Asunción Silva hacia finales del siglo XIX y como lo hará Justo Sierra al reivindicar la fuerza lírica de *María, de Isaccs*. Los poetas están lejos y están cerca, porque cada voz alienta a la otra sin importar el tiempo y la distancia. La poesía es solidaria, pues sus versos se reúnen en esa especie de asamblea que confirma la existencia del misterio en el quehacer humano. Los ecos de Nervo, Novo, Pellicer, Nandino, Villaurrutia, Paz, Sabines y Becerra transcurren en los versos de los poetas colombianos.

Lo que el ojo mira, porque no solo ve, empuja a la memoria hacia las imágenes vivificadoras de la escritura y sus eufonías. El poeta es acosado por el recuerdo y

* Los poemas y fragmentos de poemas de este libro se tomaron del libro coeditado en 2002 entre la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Nacional de Colombia: *México en la poesía colombiana: Posadas*.

entonces en sus versos emergen las ciudades y los pueblos mexicanos, como la evocación de Sayula en el canto de Barba-Jacob, la presencia de Acapulco en Laura Victoria y Emilia Ayarza; Tepoztlán y sus geografías milenarias que, como fotografías verbales, se instalan en los poemas de León de Greiff y de Felipe Agudelo. Oaxaca es reconstruida en las abstracciones poéticas de Antonio Correa. Morelia, la de Michoacán con sus ríos, es una metáfora de Jorge Bustamante.

Y son inevitables los íconos policromáticos de la ciudad de México, en los versos de Harold Alvarado Tenorio, Eduardo García y Fernando Herrera. Y con la ciudad la pintura, la de Kahlo y Rivera, la de Tamayo y los grabados de José Guadalupe Posada, los murales de Orozco y de Siqueiros, como telón de fondo de las olas poéticas de Piedad Bonnett, Sonia Truque, Luz Mery Giraldo, Guillermo Linero, Juan Manuel Roca y Héctor Rojas Herazo.

La novela *Pedro Páramo*, construida con mosaicos de versos prosificados es recreada por Juan Manuel Roca, porque sin duda es la novela de un autor que, como Rulfo, nos ha ayudado a repensar la singularidad de los territorios rurales, pero sobre todo porque Rulfo es el fantasma que asedia y vigila la escritura de los otros, el que nos interpela cuando caemos en la desmesura y en el afán, quien nos pide ir despacio y saber devolvernos en ese revelado de las imágenes que convergen en la escritura simbólica.

Es la poesía la que fija el alojo cultural y literario de México en Colombia y de Colombia en México. Los mundos figurativos de José Guadalupe Posada son mundos nuestros, porque como cantara José Alfredo Jiménez, la vida no vale nada,

no vale nada la vida, y es por eso necesario caricaturizarla, parodiarla, llevarla a la fiesta y darle un lugar en las artes. Bien lo muestra Roca en el "Monólogo de Guadalupe Posada": "Es tiempo, despojados de cuerpo, de sonar sus guitarrones", porque "Aquí hay danzones" y "estamos mejor/ que en sus lechos", bailando con los jarros de pulque o de tequila.

Las palabras de Jorge Zalamea parecen destinadas a quienes tuvieron la oportunidad de vivir en México; sus remembranzas sobre la vida política y cultural de México se enlazan con la cotidianidad de la Colombia de hoy. Así cierra Zalamea el ensayo "Orillas de México", recopilado el ensayo ayoso lo han publicado en 1949, en el libro Minerva en la rueca y otros ensayos:

> En un mundo nuevo en que la justicia y el bienestar fuesen para todos, en que se internacionalice la democracia, en que el trabajo adquiriese precio humano y tuviese el sentido de un nobel juego, en que los valores espirituales se colocasen en el ápice de las jerarquías, México tendría el lugar indeficiente del lucero de la mañana, de la clara estrella de Quetzalcoatl. Pero para que ese destino luminoso se cumpla es menester reconciliar al hombre con la vida, reeducarlo en el amor por la vida, encenderlo en las altas esperanzas de la tierra.

En 1698, sin conocer México, el poeta neogranadino Francisco Álvarez de Velasco se asombra con la lectura de *Inundación castálida*, de Sor Juana, y enloquece de amor por aquella mujer cuya poesía lo transforma de escritor latinista a conceptista; su exagerado amor le hace sentir que ella es más que México, si bien es el México novohispano, con sus acervos culturales, el que habla en la poesía de Sor Juana. Así, al declararle su amor, Francisco Álvarez le dice que "hay hoy en México una cosa mayor y más admirable que el mismo México [...] y, a la verdad, o habían de vivir sin deseos los amantes tan puros como yo o no habían de encontrar en ellos dificultades: aquellos en quienes concibiéndose el amor en la razón es, más que la voluntad, hijo del entendimiento; con ella y con el limitado mío, amo y venero a vuestra merced..."

Y en ese poema extenso que da cuerpo a la carta dirigida "A la Señora Soror Inés Juana de la Cruz" declara el deseo de ir "sin más rodeos al real Convento/ donde está, aunque en clausura,/ en solo un cuerpo, en solo una hermosura,/ toda la Vaticana;/ y llamando, por más que me riñese/ a la Soror Minerva Mexicana,/ pedirle que me diese,/ cual avariento rico, alguna gota/ de aquellas perlas que su pluma brota...".

José Pascual Buxó (1993) profundizó en esta rara relación imaginaria del poeta colombiano al anotar que "por más que asegurase que su amor no era de índole sensual o concupiscente sino puramente intelectual, no podía —ni quizá deseaba— ocultar del todo los aspectos emotivos y aun deleitables de ese 'ciego amor', como lo calificaba con sus propias palabras." (p. 77). Aunque no hubo correspondencia, pues Sor Juana nunca conoció tal desvarío, según anota Pascual Buxó, es sin duda la representación más emblemática del diálogo entre Colombia y México a través de la poesía.

Tonos semejantes aparecen en los inicios del siglo XX con Barba-Jacob (Miguel Ángel Osorio), quien fuera identificado como poeta de México por Jorge Cuesta en su antología de la poesía mexicana moderna; ahora se trata de los universos jaliscienses, con sus canciones, magueyes, maizales y de nuevo el idilio:

[…]
Y yo pensé en Romelia y en su imposible amor.
Aquí la luz es tan radial, tan tónica, tan clara,
como eres tú, Romelia: como Guadalajara…
¡Qué maravilla! Huertos que enflora la astromelia,
en musical silencio perfuman sus mansiones…
Vivir aquí, labrando la tierra de Sayula,
porque me dice un día, a cambio de sudor
—ya extinta mi inquietud, calladas mis canciones—,
¡paz!, ¡paz en mis entrañas!, ¡silencio en mi redor!
[…]

Amores imposibles, pero amores, y todo amor está asociado con un lugar; la poesía es también el juego con las analogías, sea por semejanzas o por contrastes: la luz es radial, tónica y clara en Guadalajara, como lo es Romelia; y estos lugares, como Sayula, distinto a los de allá, de donde proviene el poeta, es de paz y de silencios. Los poemas de Barba-Jacob dialogan con los de Germán Pardo García y comunican con sus imágenes por qué al llegar nunca regresaron:

[…]
México territorial, indígena y civilmente volcánico,
le dio muros de asilo a mi estandarte de moléculas.
Mi corazón foráneo padecía de soledad,
y le concedió toda la plenitud de sus misterios.
Mi espíritu social codiciaba humanitarios testimonios,
y le ofreció la revolucionaria fuerza de sus tribus.
Fulgía en mis sienes la cólera de algún dios ultrajado,
y México me descubrió la mansedumbre de sus paupérrimos telares.
Los rostros de sus gentes fueron serenas radas broncíneas
donde una noche anclaron las naves de mi angustia.
[…]

Germán Pardo García escribe poesía para ser gritada, para que resuene en todo el universo, porque México también tiene "terribles llagas/ que supurantes aquí se ven,/ junto a los tallos de las biznagas/ y las espinas del henequén". Asume la poesía como una posibilidad para nombrar lo que la enajenación cotidiana obnubila y mucho más cuando proviene de las geografías colombianas: "Yo, un habitante de inertes páramos,/ con mis diluvios acá llegué,/ y con las brumas que no olvidáramos/ cuando los Andes abandoné." Y mira entonces a los indios mexicanos como cuidadores de la naturaleza porque solo junto a ella sobreviven, con las mieles de los cactus y del maguey, la carne de los nopales y de los hongos y las sales de los chapulines.

Asimismo, Laura Victoria, quien coincidiera en México con Barba-Jacob y Pardo

García, invoca la historia de Cuauhtemoc, quien "iluminó el sendero del indio" mexicano, para que en las luchas de la independencia primero, al lado de los Niños Héroes, y en la revolución agraria después galoparan por los valles reivindicando los derechos. Entonces confiesa en el poema "A México":

Yo quise un canto para ti, magnifico,
amasado con alas de sonrisa
y escrito en el papel de tus paisajes
con el pulso más alto de la brisa.

Un canto de infinitas dimensiones
que aprisionara tu verdad altiva
de patria universal, entraña fértil,
cielo de pan y estrellas encendidas.

Por conocer tu espíritu indomable
en un momento se me fue la vida
y hoy te dejo llevándome el arrullo
de treinta otoños sobre tus rodillas.
[...]
No sufras más, empuña tus derechos
y con valor tenaz hazte justicia;
que tu grito retumbe en los espacios
y despierten tus águilas dormidas.
[...]
México, amor, te dejo en estas notas
un himno más para tu eterna lira,
y me llevo tu luz y tus canciones
para alegrar el tedio de mis días.

Y Emilia Ayarza, en la década de 1960, en *El Diario de una mosca*, reconstruye las sensaciones sobre Acapulco, como un espacio donde "todo es blanco y resplandeciente". A la manera del bestiario una mosca mira y juega con los recién casados a la vez que describe el ethos de la pareja en una habitación de hotel. La mosca escapa cuando una mano la amenaza y luego la vemos en el Bosque de Chapultepec, "donde los árboles se trepan de verde al infinito", también "en las plácidas aguas de Xochimilco" y "en Cuernavaca, donde la temperatura tiene los grados del beso."

De otro lado, "Ponderación y signo del tequila", de Álvaro Mutis, rinde homenaje a la bebida de las conversaciones sobre la historia milenaria de México y sus artistas, pero sobre todo del espíritu de quien no retorna a su país . Dice el poema que

[...]
Si "la ginebra sonríe como una niña muerta"
el tequila nos atisba con sus verdes ojos de prudente centinela.
El tequila no tiene historia, no hay anécdota
que confirme su nacimiento. Es así desde el principio
de los tiempos, porque es don de los dioses
y no suelen ellos fabular cuando conceden.
Ese es oficio de mortales, hijos del pánico y la costumbre.
Así es el tequila y así ha de acompañarnos
hasta el silencio del que nadie regresa.
Alabado sea, pues, hasta el final de nuestros días
y alabada su cotidiana diligencia para negar ese término.

Como en "Altar", de Felipe Agudelo, hasta los muertos vuelven por el trago de tequila y la música en su día; vuelven para las pláticas, "porque allá donde nos aguardan/ los hiere la nostalgia del ruido de la vida" y es la misma nostalgia de los vivos que el tequila anima con los violines y los guitarrones de fondo. La muerte está en el chiste popular cuando en la madrugada ya no se expende el tequila, pero como en el boceto de Fernando Herrera, el taxista alburea al ventero: "O me vendes una botella de tequila, o te parto la mandarina en gajos".

Lo bello y lo terrible en esta casa

José Ángel Leyva

Fue en Casa de Poesía Silva donde escuché la primera manifestación contra la violencia y la guerra. Era también mi primera visita a un país que habitaba en mis afectos porque mis amigos colombianos hablaban desde la Ciudad de México con extraña alegría de su pueblo y sus paisajes. Digo extraña porque muchos de ellos habían sido víctimas de la violencia o estaban convencidos de que la vía armada era el único camino posible hacia la paz, la justicia y la democracia. Celebraban la hazañas y el ingenio del M-19, desde el robo de armas del Cantón norte hasta la toma del Palacio de Justicia. Jaime Bateman era un leyenda que se recreaba sin tragedia, como esos ídolos inmortales del cine o el espectáculo que desaparecen para evitar el peso de la fama, para no arribar a la vejez y dejar la huella indeleble de su juventud. Extraña pues la forma de evocar y diluir el drama, la carga doliente de un país tan cercano e invisible a la vez. Sentíamos, sí, la guerra cruenta en El Salvador y Nicaragua, la bestialidad de los caibiles en Guatemala, pero Colombia se alzaba con su imaginario lúdico de Macondo, con extravagancia casi de historieta de la guerrilla y de los héroes que en medio del conflicto celebraban cumpleaños con música vallenata, que por muy triste que pueda ser también se baila. Colombia no era en el exterior sino una fiesta de balas y de sangre. Por lo menos hasta antes del imperio del narcotráfico y el paramilitarismo.

Por primera vez escuché en Casa Silva poemas que no hablaban de la fiesta, sino del dolor, de la demencia, de la desaparición, de la impotencia, de la casa en ruinas. Por primera vez conocí a un poeta guardaespaldas con un tiro en la cabeza y sentí la presencia de un país desesperado, de una sociedad encarcelada en su riqueza, en sus venganzas, en sus ejércitos. Escuché la voz enérgica de María Mercedes Carranza hablar en favor de los alzados en almas, clamar por el fin de los secuestros políticos y delincuenciales, sin mencionar la desaparición forzada de su hermano, de detener la expulsión de miles de campesinos

PUEBLO
PUEBLO

de sus lugares de origen, de llamar a las cosas por su nombre. Me encontré con la voz de Jotamario Arbeláez recitando "Un día después de la guerra", y poco más tarde con Juan Manuel Roca, ante un público mayoritariamente joven, leyendo "Arenga de uno que no fue a la guerra". Roca hacía énfasis en la urgencia de la paz y daba paso a "Canción del que fabrica los espejos". Cada verso recorría el espinazo, no sólo de su país, también del mio. Se me revelaba no Macondo ni *La Vorágine*, sino un territorio por mí desconocido por no visto, oxímoron de la inalcanzable cercanía. Somos pueblos respetuosos del olvido, carecemos de nombres precisos para recordar el sufrimiento de las víctimas, para reconocer las huellas del sometimiento y la humillación ante la admiración por los protagonistas de la infamia. "Fabrico espejos: /Al horror agrego más horror, / Más belleza a la belleza."

Esa canción de azogue del poeta me colocaba y me coloca ante el temblor del vidrio, ante la superficie ineludible de la historia comunidades e individuos que se miran pero no se ven en el reflejo de sus actos. La cultura con su aparato tecnológico hace el amor en los dominios de la muerte. La palabra, como artefacto o instrumento, llena o vacía su realidad, nombra u omite la verdad de sus significados y lo terrible puede adquirir por consecuencia un halo de hermosura, de divina consecuencia. Así, lo violento deviene espectáculo y apología de la crueldad, lo sanguinario se eleva como entretenimiento y símbolo de la perfección. Rara amalgama de la cortesía homicida. El poeta Efraim Medina pone el dedo en la llaga cuando escribe "Menos el asesino todos los demás son víctimas /... /El asesino camina las calles, es arrogante y hermoso. Menos él todos saben que pueden morir /... / Menos el asesino todos los demás tienen culpa." ("El gato en el horno II").

Entonces nos asalta la pregunta, ¿por qué la belleza engendra violencia? Rainer María Rilke, en *Elegías del Duino I*, anuncia: "La belleza no es sino el principio de lo terrible. /.../ Y si un ángel /inopinadamente me ciñera / contra su corazón, la fuerza de su ser /me borraría; porque la belleza /no es sino el nacimiento de lo terrible /.../ Todo ángel es terrible." Una buena parte de los poemas de *Casa sin sosiego* (antología de poemas sobre la violencia en Colombia realizada por Juan Manuel Roca) hacen eco a dicho enigma, a ese especie de silogismo maldito que nos condena a desangrarnos y horrorizarnos. Porque hay un punto de partida donde la intriga se vuelve un dolor que parte en dos el corazón. ¿Cómo es posible dar a luz a tanta anomalía, cómo podemos ver luz en esas presencias aberrantes? Nicolás Suescún empuña la ironía para intentar una respuesta: "¡Qué dicha vivir en este país tan bello /donde la gente ama tanto los toros / y la sangre en la arena! /¡Qué bella la sangre, tan roja! /... /Qué hermoso país es éste /con tantos matices del rojo, /aunque la sangre con el tiempo / se vuelve negra." Allí donde se despliegan los encantos de la naturaleza o del arte, nos asalta la teratología del la negación y la violencia. Desde ese punto de observación la poesía dibuja su horizonte, sin emitir

juicios ni sentencias, sin respuestas. La belleza sirve de marco al espanto. Los poetas fabrican espejos donde nada se oye y nada se ve, sólo se sienten imágenes que respiran una sustancia musical que sabe a pensamiento. Sin duda, Juan Manuel Roca reúne en su antología poemas que al horror agregan más horror y más belleza a la belleza.

La violencia y los poetas colombianos del siglo XX nos coloca ante el significado preciso del dolor sin procrear falsas expresiones para nombrar lo innombrable, para encarar lo indecible, lo aberrante. Poemas que no admiten la poética del eufemismo, de la banalización del crimen, del maquillaje sobre la deformidad. No hay actores del conflicto, ni pescas milagrosas, ni falsos positivos, ni actores del conflicto, hay, sí, dolor, despojo, injusticia, futuros tronchados, cautiverios, ruinas, miedo, fracasos, muertos, oleadas de muertos que abonan con sus cifras y su drama el verde paisaje de Colombia.

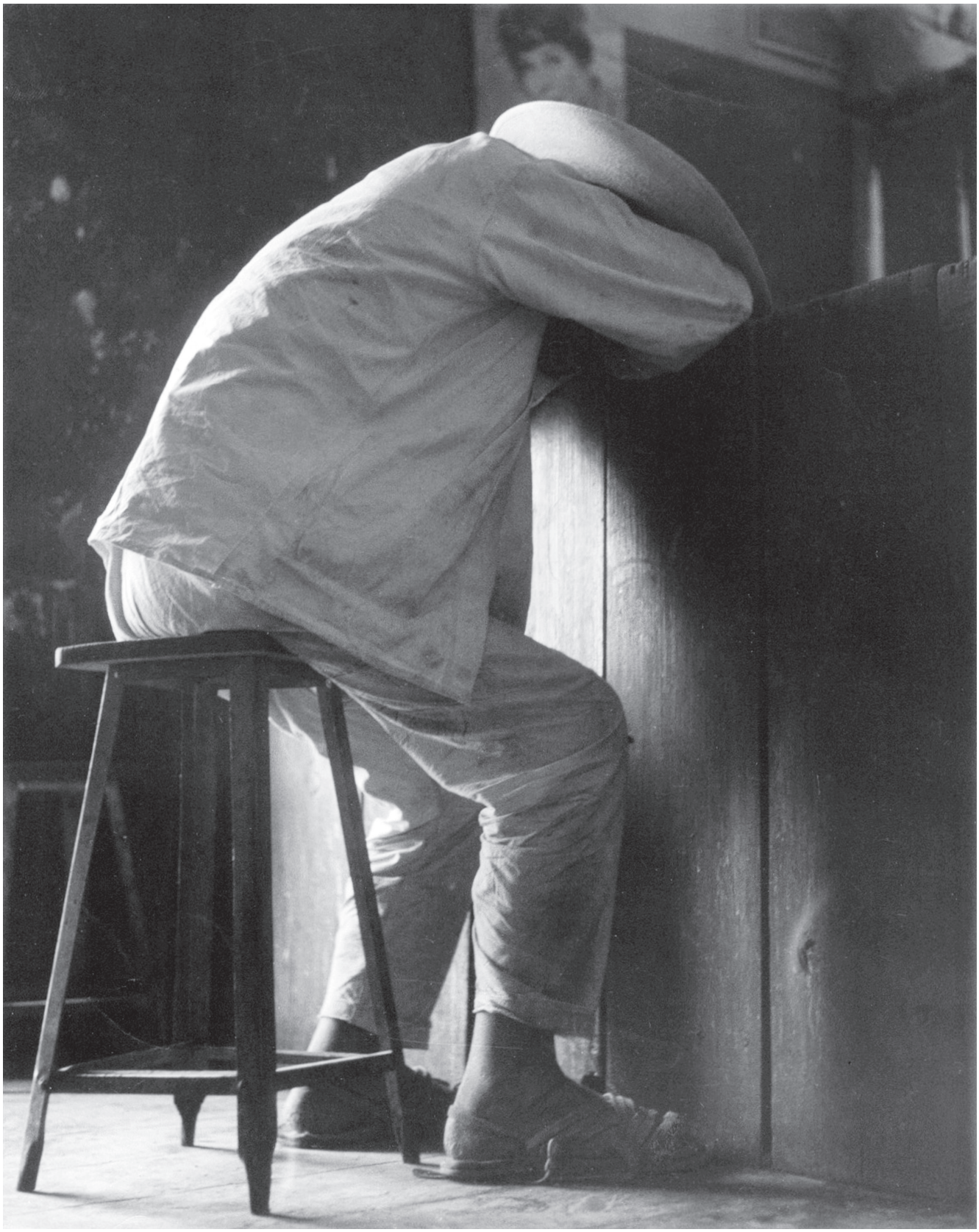
La casa sin sosiego me hace pensar sin éxito en los porqués de la violencia. A la cabeza me viene la lectura de un reportaje en la revista *El País* sobre el éxito de la Camorra en Nápoles. La investigación nace a partir de la popularidad de la novela *Gomorra (2008)*, de Roberto Saviano, y por supuesto también de la película de Matteo Garrone, basada en la obra literaria, y ni qué decir de la serie televisiva. Ante la pregunta expresa del reportero sobre las causas que propician la Camorra en Nápoles, el profesor de Filosofía Moral, Giuseppe Ferraro, responde que la primera a tener en cuenta es que en Nápoles solo existe el presente. El pasado es presente, incluso la muerte está incluida en el presente. La segunda es que, parafraseando a Rilke, es una ciudad bella, demasiado bella para dar también lugar a lo terrible, "la belleza genera violencia". En su comentario a dicha novela, Vargas Llosa diría que *Gomorra* es también un testimonio no de la decadencia del capitalismo sino de la putrefacción de Italia, de una sociedad que no cree más en sus leyes ni en su justicia, donde la moral y la ética obedecen al interés coyuntural del dinero. Eduardo Galeano, como si terceara en esa discusión parecería responder: "La violencia genera violencia, pero también engendra ganancias."

Así, el mercado ha producido una industria del entretenimiento que hace apología del crimen, impulsa una estética de la violencia, exalta formas de vivir en el vértigo de la destrucción y el lujo, entre el exceso y la banalidad de la existencia, con héroes de la trivialidad y de lo efímero. Por el contrario, la poesía de esta *Casa sin sosiego*, con la dulzura del habla colombiana y entre el fulgor de sus paisajes traen la imagen negada del espejo: "Al borde del camino, los dos cuerpos/ Uno junto al otro, /Desde lejos parecen amarse. / Un hombre y una muchacha, delgadas /Formas cálidas /Tendidas en la hierba, devorándose. /… / Uno junto del otro están caídos, /Muertos, /al borde del camino, los dos cuerpos. / Y debieron ser terribles sus dos rostros / Frente a las /Amenazas y relámpagos. /… / Son cuerpos que son piedra, que son nada, /Son cuerpos de mentira, mutilados, // De su suerte ignorantes, de su muerte, /Y ahora, ya de cerca contemplados, /Ocasión

de voraces negras aves." (Fernando Charry Lara, "Llanura de Tuluá").

No hay un poema en esta antología que no insista en esa paradoja de los sentidos, en esta dramática contradicción de la fortuna. Versos que hurgan con dolor entre las sombras para extraer lo invisible, casi sin referir a sus autores, para dejarnos de la mano descarnada de la patria, de la mujer sin vida, maltratada, del hermano que ha manchado con su sangre la camisa blanca de la fiesta, del juez avergonzado, de pesadillas que atascan con su ruido de Mirage la puerta de la casa. Armando Romero así me lo confiesa en un mensaje: "Preferiría mirar la belleza irresistible del Egeo, pero cómo evitar la memoria de la juventud y de la infancia, poemas que hubiese preferido no escribir si ignorara la experiencia que los causa; esa es la vida, la que nos tocó."

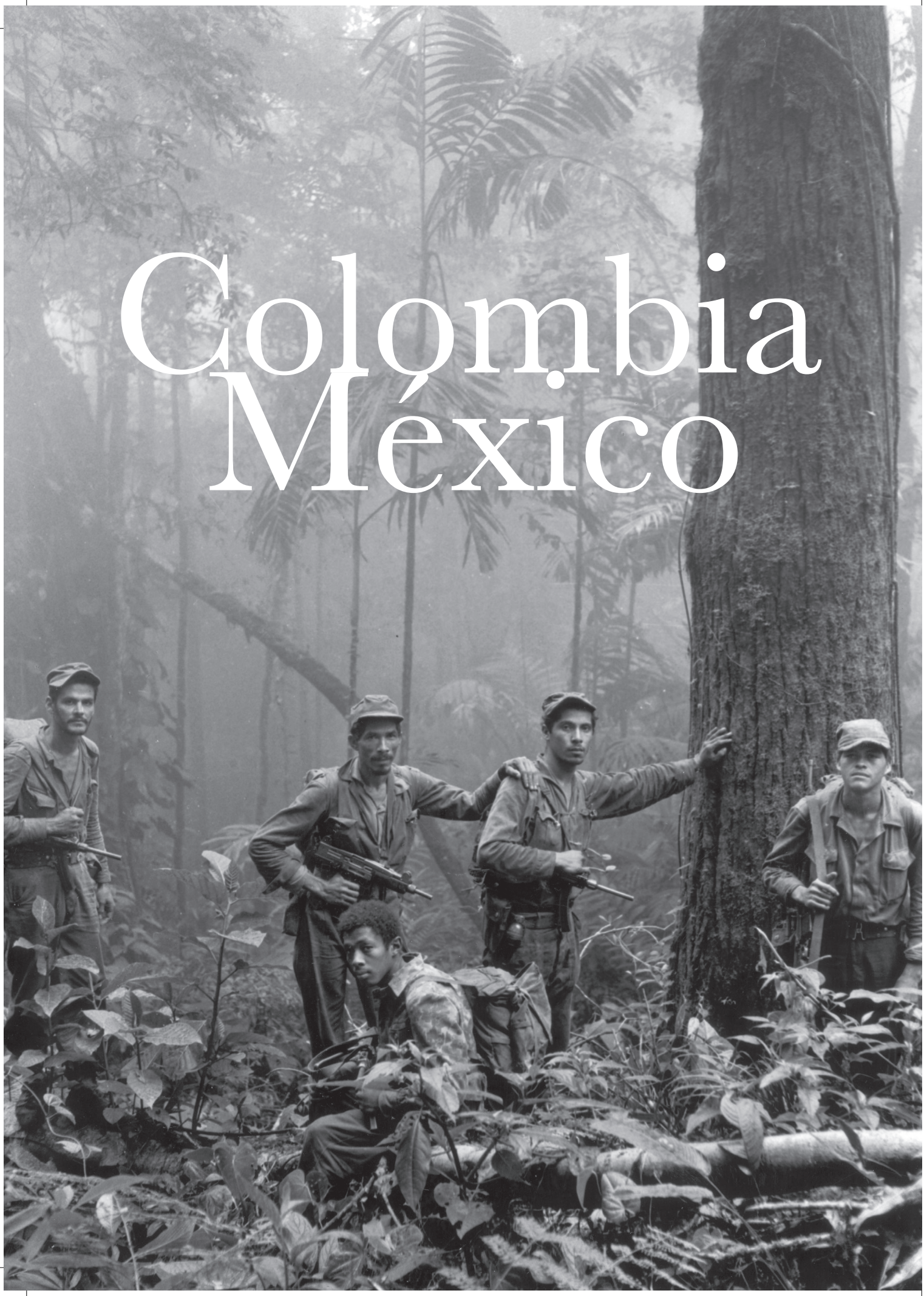
He aquí una muestra de gran poesía, más allá de su íntima complicidad y coincidencias, de su común espacio. Poemas en su gran mayoría decantados con pudor y franqueza, con el riesgo de quien se juega el corazón no al azar, sino al amor, porque el amor no es equivalente a la belleza, ni a la perfección, sino al fin de la violencia, a la comunión de uno con el otro, del otro que dialoga con el yo-nosotros. Es la poesía de Colombia la que nos permite ver de nuevo el paisaje sin miedo, la que nos pone los ojos en el alma para ver un presente con mañana, la que nombra, la que abre los espejos y la casa. Rilke, una vez más, dialoga con esa interrogante que emerge de lo bello: "Y, amando, /bajó a la antigua sangre, a los abismos, /hogar de los terribles, /todavía colmado por sus poderes / Y todos los terrores /le conocían, / guiñándoles los ojos, con un gesto /casi de connivencia /Porque incluso el horror / le sonreía." (Tercera Elegía)



Dolores Castro

La sangre derramada

Al borde del camino
lo encontramos
el mismo pantalón, la blusa blanca:
sobre su espalda
amapola de sangre.
Llaman de gracia al tiro
que enmudeció su boca,
ahogó su amor
y me dejó baldada.
El estallido
de aquel tiro de gracia
aún retumba
y aúlla en el aire, aúlla.



Colombia
México

Florecer es un camino interno

Felipe Agudelo Tenorio

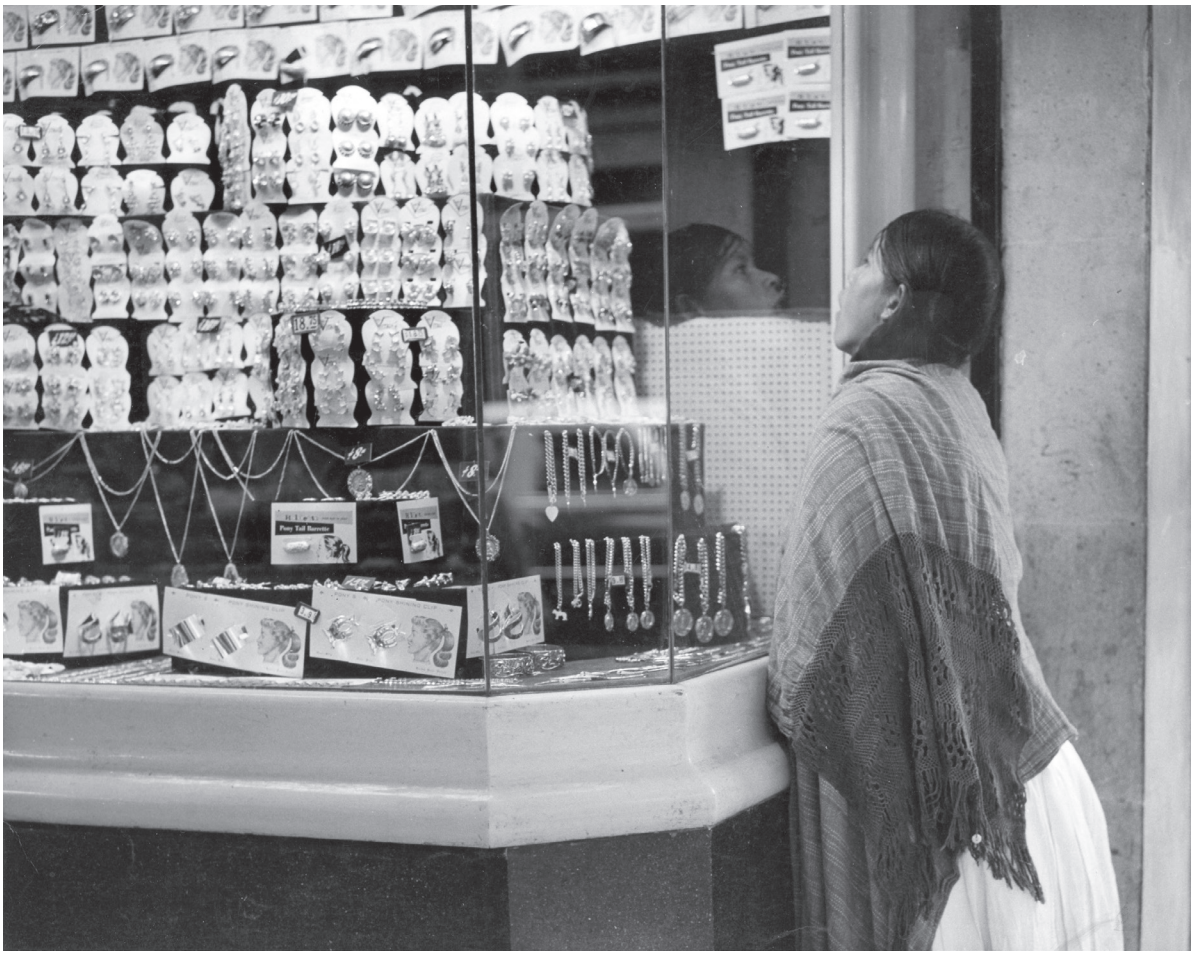
Nota introductoria: Hace ya tantos años que no quiero contarlos, cuando vivía en Tepoztlán, Morelos, tuve la inmensa suerte de ver trabajar de manera cercana a mi gran amiga Flor Garduño, esa inmensa fotógrafa mexicana. Como resultado de esos meses surgió su hermoso libro titulado *Flor* que fue editado, en varios idiomas, por Conaculta y Lunwerg editores. Impactado por su trabajo escribí este pequeño texto que, por diversas razones, permaneció inédito.

En su último libro, titulado con su nombre, Flor Garduño se la juega por la otra dirección de la mirada, es decir por aquella que, por regla general, pareciera estar casi proscrita en el arte fotográfico. Expresa con claridad que a ella lo que le interesa es explorar la mirada interior y así atraer hacia la luz las imágenes que habitan su mundo íntimo. Es como si las fotos que la llaman no fueran las que están frente a sus ojos sino las que brotan desde adentro de ellos.

La fotografía, de manera consistente, trata de capturar situaciones y objetos externos, es decir sucesos, seres, situaciones o cosas que aparecen frente al ojo, que forman parte del tejido visible del afuera. Y por ello, el arte fotográfico reside en mucho en la manera particular —eso que podríamos definir como estilo— en que el fotógrafo capta lo que ve a través del lente de su cámara, sin importarnos demasiado lo que ve con su ojo. El instante de la foto es ciego, por eso el fotógrafo sólo puede ver su foto cuando la ha revelado.

La preocupación central de la fotografía ha sido la de capturar instantes de objetos externos, en un intento de traernos y revelarnos el mundo, de ponerlo a nuestro alcance, de conservarlo y, sobre todo, de ayudarnos u obligarnos a ver lo que nosotros no hemos visto o no hemos sido capaces de mirar.

La fotografía no sólo amplía nuestra mirada sino que nos enseña a mirar, nos propone otros puntos de vista. Porque los fotógrafos saben cuánto mal utilizamos nuestros ojos, cuánto es lo que no miramos. Los buenos fotógrafos nos salvan de gran



parte de nuestra ceguera. Sin ellos hay cosas que jamás habríamos visto.

En el caso de este libro de Flor Garduño lo que ella retrata son imágenes interiores, nacidas en su mente, gestadas por su sensibilidad. Más que imágenes encontradas en el mundo son elaboradas, construidas según un código cuyo referente exclusivo no es lo real. El proceso creativo se invierte y en lugar de ser tomadas del mundo son puestas allí. Tampoco son, como ocurre con la mayoría de las fotos, un vestigio temporal de algún objeto sino la insinuación de otras realidades, de atmósferas plena y excluyentemente personales, aspirantes a la atemporalidad, donde se busca un encuentro fecundo entre lo imaginario y lo real. No nos llevan a mirar lo que hubiéramos podido ver sino lo que hubiésemos querido presenciar, es decir un mundo de objetos y seres imposibles o solo posibles gracias al arte. Constituyen por ello una crítica tácita a la falta de belleza y a su incapacidad de crearla del mundo actual. Y esto es lo que obliga a que todas las fotografías tengan una cuidadosa puesta en escena, una búsqueda muy precisa de una correspondencia interior y en muchas ocasiones de un símbolo. En todo caso el resultado fotográfico trata de algo que fue anticipado, porque ha sido visto antes por el ojo de la mente y después ha sido construido para el ojo de la lente.

No se intenta, pues, usar la fotografía para retratar un mundo externo sino para extraer un mundo interno. En este caso la foto se nos ofrece como un documento de la interioridad. Se trata de subvertir el movimiento creador de la imagen

fotográfica, no tomándolo de afuera hacia adentro sino en el sentido contrario. Por eso esas imágenes que están impresas en el papel no son nacidas de la realidad objetiva, ni de la observación empírica de un evento, sino que son gestadas en los caldos de la imaginación y la sensibilidad, son parte del mundo que quisiéramos ver y que no vemos y que por ello no tenemos otro recurso a mano que aventurarnos a crearlo.

Es tal y como si Flor Garduño dijera: voy a inventar un mundo a mi medida, a mi imagen, para fotografiarlo, para convertirlo en algo objetivo, para donárselo a los otros. Voy a desnudar esos cuerpos de mujeres para desnudarme por debajo de mi piel. Voy a ampliar las fronteras del ojo hasta que no sólo vea sino que invente lo que veo. Y ese movimiento tiene detrás una poética ineludible. Por eso Flor ha podido darle a sus fotos el rigor y el misterio perenne de un poema.

Tal es —a mi juicio— el gran riesgo que Flor ha corrido en su último trabajo y el logro impresionante de sus fotografías es el premio a sus esfuerzos por ver de otra manera, son el fruto de no querer conformarse en repetir caminos cuya trilla la llevaría a un sitio ya conocido. Premio y fruto que nosotros podemos recoger y probar maravillados.

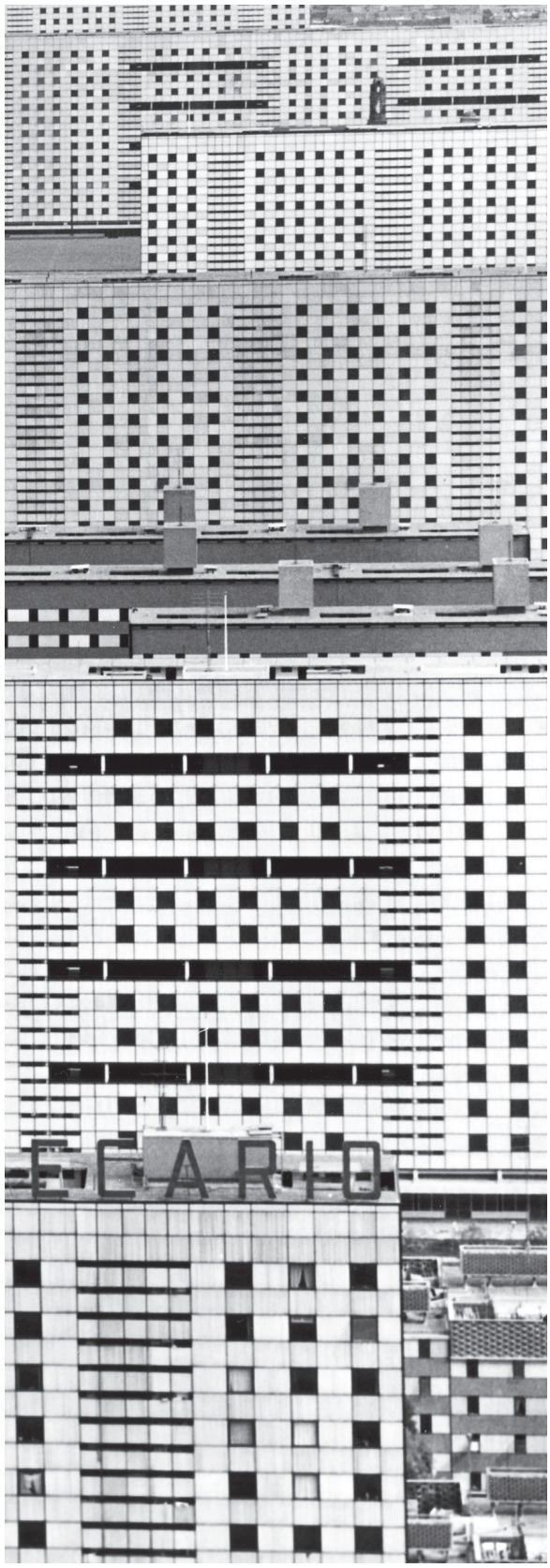
El mundo que Flor Garduño imagina y crea se desplaza entre los símbolos y la carne, entre la más pura luz y la última negrura, más no en la oscuridad. Es un espacio abierto para lo femenino, donde la mujer es una sólida presencia, una roca fundacional, la primera vocal de un universo que pareciera estar siendo creado frente a nuestros ojos y que a la vez nos reta a tocarlo o a llegar hasta allí. El mundo creado por Flor, a la manera de un antimundo, es aquel en el que la belleza sale a encontrarnos desde adentro.

Las imágenes de *Flor* no sólo están construidas de luz y de tiniebla, de sueños y secretos, de tiempo y olvido, de dolor y deseo, de inconsciencia y lucidez, sino de carne, es decir de vida y muerte. Estas fotos están hechas de Flor misma y nos dicen con voz de secreto, en su magnífico silencio, a coro, que la flor florece desde adentro.

Flor, Flor Garduño.
LUNWERG, Editores, 2002.

Angela García

(Oaxaca)



De Mercados y templos

Las hormigas salen y entran del túnel de arena
cerca de la entrada,
ajenas a su elocuente representación.

Nos anticipan lo que veremos en el laberinto
del mercado de Tlacolula
al hervor del mediodía.

Una anciana dormita bajo el toldo
ante su bandeja de chapulines fritos.
Una niña experta en películas
nos encandila con sus ojos de pirata.

Las hileras de molinos chocolateros
sobreponen su olor a madera fresca
al de los metros de chicharrón enhiesto.

El sol sobre los pañuelos de las mujeres
sobre las narices morenas.

Otra anciana reordena su cosecha
de guayabas sin gusanos.

Los cuencos de totuma y los cántaros de barro
murmuran los sueños del desierto.

Conversando con Rafael Escalona

Marco Antonio Campos

a Josefina Castro

En noviembre de 2003 Eunice Sandoval, que trabajaba en el FONCA, me invitó a Bogotá para ser jurado por el lado mexicano para otorgar las becas literarias del mexicano que iría a Colombia y del colombiano que vendría a México por cuatro meses. Era entonces una magnífica época en la embajada mexicana con Luis Ortiz Monasterio, uno de nuestros mejores embajadores, y Eduardo Cruz, como activo

agregado cultural, con su trío de diligentes colaboradoras: las jóvenes colombianas Olga Beltrán, Carolina Charry y Paola Cortés. No era ni de lejos el desastre cultural actual. Gracias a la encantadora Josefina Castro, alta funcionaria del ministerio de cultura colombiano, que organizó, para cerrar los trabajos, una cena-baile en el vasto restorán Andrés Carne de Res, en el norte bogotano, empezó *a sonarme* el vallenato. Pregunté quiénes eran los mejores del género. Poco a poco fui enterándome de los nombres de cantantes y compositores que más se repetían: Emiliano Zuleta, Leandro Díaz, Adolfo Pacheco, Juancho Polo Valencia, Tobías Enrique Pumarejo, Lorenzo Morales, Alejo Durán, Carlos Huerta, Calixto Ochoa; pero en un nombre coincidían todos como el más grande de los compositores: Rafael Escalona.

En los días sucesivos fui a las tiendas de discos y empecé a comprar los discos, y desde entonces pocos son los días que no oigo vallenatos y de los que oigo como cosa de encantamiento son los de Rafael Escalona. Admiro de Escalona sobre todo, por un lado, la facilidad para contar historias de hechizo con las pequeñas cosas de todos los días y con los personajes en los que poco se repara y, por otro, la poesía sencilla llena de frescura que contienen sus cantos.

Cada año voy a Colombia una o dos semanas. Desde hacía mucho quería entrevistarlo y Juan Manuel Roca buscó varias vías para que le hiciéramos juntos la entrevista. Inútilmente. En 2007 me invitaron a ser parte del jurado del Premio Nacional de Poesía; los otros dos eran el mismo Roca y Gonzalo Rojas. Nos reuniríamos a principios de noviembre. Al día siguiente de haber llegado a Bogotá fui al ministerio de Cultura, que está en un edificio precioso, a un costado de la casa presidencial. Para mi sorpresa me encontré con Josefina Castro y de nuevo toda su simpatía inmediata y desbordante. Fue entonces cuando supe que era de Valledupar. Le comenté que desde hacía años quería entrevistar a Escalona. En los pueblos chicos todos se conocen. "Pero si es gran amigo mío, muy cercano a mi familia, y colabora con nosotros en el ministerio". Le telefoneó en ese instante, le dijo que había un escritor mexicano que lo admiraba enormemente, y con inusitada amabilidad, gracias a ella, Escalona se trasladó desde el profundo norte de la ciudad al centro de Bogotá para comer con Josefina Castro, su colaboradora Johanna Quintanilla y yo en un pequeño restorán. Escalona llegó con su inteligente y amable esposa Luz Marina, que conoce el último y mínimo detalle de la vida y las canciones de Escalona. Durante la comida yo le preguntaba a Escalona por personajes de sus paseos y merengues (la Maye, la Brasilera, Miguel Canales, Poncho Cote, Jaime Molina, el Tite Socarrás, la Vieja Sara, Pavajeau, el Cachaco Benavides, Sabita), y de pronto, con esa magia que tienen los prodigiosos contadores de historias del norte del país —como la tienen los cuenteros chiapanecos—, me iba revelando, con voz casi apagada, detalles chuscos o facetas insólitas de todos ellos, que los volvían más humanos y queribles. Me impresionó

gratamente la entrañable sencillez de ese hombre de 80 años. La cita para la entrevista quedó concertada para dos días después.

Desde que llegamos Roca y yo a su casa —arribarían poco después Josefina Castro, su marido Gabriel Ossa y el músico Pedro Krump—, el mismo Escalona, Luz Marina y su bella hija Carolina, nos recibieron con esa hospitalidad de la provincia tan perdida entre nosotros. Escalona nos contó a Roca y a mí en la entrevista cómo desde los trece años componía vallenatos, cómo surgían, cuáles eran los motivos y los personajes, de que para él el vallenato era la única música original colombiana, de la definitiva importancia del acordeón para dar vida a los cantos, del inigualable acordeonero Colacho Mendoza, del reconocimiento que le guardaba a su maestro Tobías Enrique Pumarejo, de su relación amistosa con grandes del vallenato como Emiliano Zuleta y Lorenzo Morales, de cómo ayudó a elegir los personajes para la exitosa serie televisiva que lleva su nombre (*Escalona*). Nos hizo sonreír contándonos el contraste entre el Francisco el Hombre disminuido que conoció y la leyenda del hombre que venció al Diablo. Por ser poco previsores, el caset se nos terminó. Continuamos hablando, pero sentíamos el arrepentimiento de que eso no quedaría grabado. Quedamos en regresar para seguir la entrevista. "Da para un libro", repetíamos. Sorpresivamente, cuando nos despedíamos, la cena ya estaba preparada.

Varios días insistí para continuar la entrevista, pero los compromisos de Escalona y después los míos no lo hicieron posible. Pero para mí haberlo conocido y haber conversado con él valió el año pasado el viaje a Bogotá.

Jaime Londoño

Santo y seña

|Alto ahí,
quién va|
Somos los que transitamos avenidas y parques
colgando consignas
Para ahuyentar el hambre.

|Alto ahí,
quién va|
Somos los silencios
que dejaron las consignas
cuando a tiros las descolgaron
de los tendederos del aire.
|Alto ahí,
quién va|
Somos los que transitamos
Con el pincel de la esperanza
dibujando en los muros
rostros que anhelan.
|Alto ahí,
quién va|
Somos los deudos muertos
que venimos desde la alborada
buscando a nuestros hijos
desaparecidos en combates imaginarios.
|Alto ahí,
quién va|
Somos las penas
que azules venimos a informar
del cansancio que lleva la noche
de tanto cargar obituarios sin nombre.
Alto ahí quien va Alto ahí quien va

Eduardo Mosches

No todo es mar alegre

Hay arenas que no son
el paso cálido a las olas marinas,
forman parte de una enorme extensión
seca y ardiente en la cual
hay cuerpos femeninos que ya no
[corretean,
ni lanzan canciones al viento ,
o leen algún poema solitario,
recuerdan un momento de amor
no, solamente es posible encontrar
rascando con las uñas de la indignación,
un seno seco y duro que el tiempo
con sus inclementes tenazas
ha cercenado,
separado del resto de su cuerpo.

Duele este mar extinto tan arenoso,
las nubes de sangre se agrietan
mientras los cuerpos abren nuevas fosas,
que se encuentran perdidas,
en los recuerdos de las cruces de madera.

A veces es posible encontrar
sonrisas caídas,
desmayadas, en la carne modelada a
[golpes
de las marías que no las dejan amar.

Hay días que no llueve
y mi ciudad huele
a niñas que lloran.

Las gotas regresan frescas
a los nidos,
mientras los ríos plenos de saña siguen
irrumpiendo con fuerza
en el recodo
de ese tiempo a descansar.

¿ Se secarán los lacrimales?

Largas procesiones de mujeres vestidas de
[blanco,
la interminable espera de la búsqueda
cambia el color de los vestidos,
la piel se cuartea con el tráfico pesado
[del tiempo,
no es fácil, pero es posible llegar a
[sonreír.

Diario de Bogotá
(Fragmento)

Josefina Estrada

Lunes 2 de mayo de 2004.

En la puerta de la cárcel estaba una custodia, una *seño*, como les dicen aquí. Pasé frente a ella sin enseñarle el permiso. Me lo solicitó y se lo entregué, lo revisó y me pidió guardar mis cosas en los casilleros. Luego me revisó, nunca lo hacen en la entrada, y me dijo que mi termo con café y mi bolsa no podían pasar, que requería permiso. Sin decir palabra, me dirigí a los casilleros y pedí mis cosas: "Me voy. A veces uno no tiene humor para aceptar las *reglas* de ingreso".

Y me salí. Estaba por llegar al Transmilenio cuando me encontré a Pedro, responsable del Centro Escolar, tan flaquito que todos sus trajes le quedan grandes. Como ya nos habíamos encontrado en ese trayecto, condicioné mi regreso si me salía al paso:

—¿Que pasó, doña Josefina? —le comenté y regresamos con la custodia. Pasé sin la bolsa ni el termo; el café lo vertí en dos vasos. Era café de olla mexicana para invitarle a la paisana. Todo este número hizo que entrara a las diez de la mañana; de por sí ya estaba entrando retrasada, de ahí que estuviera acelerada y no le hiciera el cortejo necesario a la custodia.

Nuestro salón estaba ocupado y tomamos otro. Eso provocó que nos interrumpieran a cada momento porque las alumnas de la siguiente clase entraban al salón hablando y, hasta que estaban dentro, se daban cuenta de que no era su grupo. Y luego pasaron a sacar sillas, hablando. Los continuos gritos voceando los nombres de las internas es muy molesto. Es tan desquiciante, como leer poesía en medio de un mercado, sin micrófono. Sin duda, uno de los trastornos más dramáticos en la cárcel es la pérdida del silencio.

El mejor texto fue de Lucila Velandia, la ñera reincidente. Un texto redondo. Me asombra la intuición para armar una historia.

Me he chuzado un ojo con una aguja de crochet. Me duele bastante. Lo tengo rojo como un cuajarón de sangre. Veo

borroso y no soporto la luz. La enfermera me revisa la vista y me dice que estoy bastante mal, pero no puede hacer nada. Y que la ofmatóloga viene en ocho días (si es que viene o la dejan entrar). Finalmente me dice que si no amanezco mejor, me va a tener que tapar el ojo. Claro está que para lo que hay que ver, con un solo ojo basta. Por ejemplo, ayer me tocó ver, con un solo ojo, en un agujero de la ventana, cómo una fulana, después de que se la había pasado todo el día paniqueándose, cascariando en el patio para conseguir el tal, está obligando a su compañera, una sardina de la cual abusa sexualmente, para que venda su ropa. La pelada está tan enyeyada que no puede salir de la celda. Veo que la *sardina* vende un pantalón y una chaqueta, y compra las bichas. Monta su carro y pone a la chica a desnudarse. Y va besando su boca. Observo cómo lame

su cuello, sus senos hasta llegar a su sexo. La pelada lo único que hace es echarse el pipazo y mirar hacia el techo. Cuando terminan, la fulana obliga a la sardina a salir a conseguir más. Se demora. Entonces la fulana la busca y la saca del pelo de una celda. La arrastra por todo el patio. La golpea y luego arremente contra ella a puntazos. La sardina pasa la noche en mitad del patio; no acierta qué hacer. Por fin se mete a una celda, en donde están enfarradas, y le dan chicha y basuco.

Ya prendidas la obligan a hacer el streptis. Cuando ya está desnuda, Rosa la toma por la cintura y le besa la boca y los senos. Ella trata de esquivarla, pero desiste cuando Ana María le muestra la patecabra y le dice que chito. La sardina llora en silencio. Acto seguido es tirada a la cama y la Costeña le separa las piernas y le mete el dedo en la vagina. Luego se le tira encima y empieza a chuparle las tetas, la boca, el cuello, y la va llenando de moretones. La sardina no dice nada; qué puede decir: es ella sola contra cuatro locas, arrebatadas, poseídas por la pasión y la lujuria. Así, va pasando de mano en mano, ultrajada, humillada. Ella no sabía en la vaca loca que se metía. La fulana le dio 21 puntanzos y si se salvó fue de liga.

Hum... Hoy, la sardina y la fulana van tomaditas de la mano, manosiándose, besándose. Como si nada. ¿Y quién vio algo? ¿Yo? ¡Yo no vi nada!

Esta tarea la hizo a propósito del sentido de la vista. Su intuición para narrar es evidente. Además, no hay faltas de ortografía y la puntuación es buena. Las correcciones son mínimas y apenas edité.

El conjunto de textos que he ido recopilando va dando una visión de mujeres colombianas en prisión. No son textos de mexicanas. Los giros del idioma, las costumbres, el clima y la distribución de la cárcel dan el cambio. Por momentos he pensado que no serán textos interesantes los que recopile, pero luego me entusiasmo y veo que es posible; lo más seguro es que me falte tiempo. Sólo pasando los textos a la computadora podré valorar el contenido y valor testimonial.

No quise dejarles mucha tarea, pese a que mañana es día festivo y no habrá clases. Las dejé que escribieran libremente y sobre el pecado de la lujuria y del sentido del tacto.

La paisana escribió sobre la visita a su esposo, en la cárcel, donde hay otros veintitantos mexicanos. Y todos se reúnen el día de visita. Su modo de saludarse es preguntarse qué van a almorzar. Y van pidiendo, ilusoriamente, un mole poblano, un pozole y otros elaborados platillos hasta conformarse con una tortilla con salsa.

Las tortillas que he comido, en sendos restaurantes de comida mexicana, apenas tienen sabor. Las mejores son de *Las Enchiladas*. Vi que hay un restaurante de antojitos mexicanos en la esquina del Transmilenio, donde me bajo para entrar a la cárcel. Voy a preguntarle a la mexicana si le puedo depositar tortillas y lo necesario para elaborar salsa. Aunque sólo será un acercamiento porque el aguacate y los tomates saben a desvaído recuerdo.

Un texto que leí, aquí en el depa, me dio un poco de vértigo. Sucede que me entregan textos que no leen en el taller, y

por eso me quedo con la impresión que es malo el material. La trama es de una chica de 23 años que relata que la enamoró una mujer diez años mayor; ella, 16. Dejó familia y todo por irse a vivir con ella durante cuatro años. Un día, la mujer la invitó a viajar a Colombia. En el aeropuerto de Bogotá le encontraron cuatro kilos de heroína. La mujer iba adelante y jamás se volvió a socorrerla. Desde hace tres años, la joven no sabe de ella. Le creo por el enorme rencor que le guarda. El vértigo me vino porque es la versión femenina de mi cuento, "Las Violetas de Afranio".

Saliendo de la cárcel me dirigí a arreglar mi permiso de residencia al DAS, Departamento Administrativo de Seguridad. Llegué a las 12:30. Me senté a esperar dos horas; me la pasé dormitando. Me llamaron para tomarme huellas digitales, en computadora, de los 10 dedos. Vieron que

tenía muy buenas huellas, supongo que eran claras porque no están maltratadas. Pero de los dedos meñiques y de los anulares de ambas manos, no registraban bien; intentaron varias veces. La mujer y el hombre no entendían por qué. Yo estaba bien modorra, pero les dije quitada de la pena: "La computadora no entiende tanta perfección". La risa que le dio al empleado le duró un rato. La ficha que quedó en computadora es muy impresionante: todos los datos que escribí en la forma, junto con una fotografía y las diez huellas digitales. Si comento algún delito recordaré que debo usar guantes.

Martes 3 de mayo.

Llovió todo el día. Tres tormentas. Es usual que llueva, pero dura poco, se despeja y puede asomarse un poco el sol. O cae una fina lluvia que dura horas. Me levanté a escribir, con café de olla al estilo mexicano, que quita el hambre, por la panela. Debía ir a cambiar dólares porque no tenía nada de moneda colombiana. No pude salir de dos a cuatro de la tarde por la intensa lluvia. Y yo muerta de hambre. Pensé ir al internet para mandar el diario y pedir un crédito. Pero hasta para ir a la vuelta, me habría empapado. Pasadas de las cuatro fui al internet. Cambié los dólares y pasé al súper Ley. Compré vino y un Smirnoff preparado con refresco de toronja, frío, importado de Italia. Cuando estaba pagando se soltó la tercera tormenta. Salí y tomé un taxi. Más adelante, vi que un indigente había atravesado una tabla para que la gente pudiera cruzar sin mojarse los pies; cobraba por ello. Por poner la tabla los coches tenían que desviarse un poco. La avalancha de agua es enorme porque toda esta área es de bajada. O de subida. Al día siguiente leí que en el norte de Bogotá, las fuertes lluvias habían provocado el desbordamiento de la quebrada Las Delicias, en el sector de Chapinero Alto. Salió una foto, en primera plana, donde los buzos inspeccionan las alcantarillas; estaban en la calle 5ª con calle 63.

Miércoles 4 de mayo.

Fui a comer con Liliana y con Cristina al restaurante vegetariano, que tanto le gusta a Liliana. Está en la calle 26, cerca de la biblioteca. De regreso tomamos un taxi, que se viene por la circunvalar, cruza grandes áreas de cerros. Es muy bello ese

recorrido. Leí que el área de los cerros es de 13 mil hectáreas. En los últimos años han construido 520 hectáreas, de las 920 que acaban de reconocerse, ya no pertenecen a la reserva forestal. Estaba prohibido construir, pero poderosas personas construyeron lujosas casas en las faldas de los cerros. Y ahora las han legalizado. También hay casitas muy humildes por aquí y por allá. Y en el extremo sur de los cerros hay un área de 2 650 metros donde hay asentamientos irregulares y los van a dotar de servicios. Hay 23 barrios y 7 000 predios. Esa inmensa área de los cerros, casi intocada le da a la ciudad un lujo extraordinario. Desde cualquier punto pueden verse. Y de pronto se está en medio de ellos.

La ciudad ha sido construida por urbanistas. Salvo las colonias marginales, la ciudad tiene todos los beneficios de la planeación urbana. Eso resalta lo caótico de nuestra capital. Gracias a ello, el Transmilenio puede atravesar la ciudad: pudieron cortar banquetas, que eran muy amplias, lo mismo que acortar carriles en calzadas muy anchas. Hay muchos edificios modernos muy atractivos, en ladrillo, eso se ve clarísimo en el aire. La armonía de los conjuntos residenciales, por manzana, parecieran hermosas maquetas. Bogotá recuerda a New Jersey, New York y Cuba. Por los barrios que recorro en el Transmilenio cuando voy a la cárcel, de pronto pareciera que estoy en New Jersey tradicional, con sus tienditas y casas de madera. En esa área sólo circula el Transmilenio; en varias zonas, sólo cruza ese transporte, que ya supe que sí chocan. A mí me impresiona cómo se rebasan. Ah, y se dan unos frenones, porque de pronto les toca un semáforo en alto y meten freno y quedamos acostados, uno sobre otro, todos los pasajeros.

Jueves 5 de mayo

En la cárcel, le pedí a Pedro que mandara a llamar a Lucila, la mujer del texto del ojo dañado, para proponerle trabajar juntas. Hacerle una serie de entrevistas para hacer un libro. Ella aceptó de inmediato. Me dijo que su familia era gente que estaba en buena posición, pero que ella había vivido muchas épocas en la calle.

Entré al patio pasadas de las diez. En mi bolsa gigante llevaba la grabadora para que una interna de las presas políticas me leyera su texto; primera vez que no puedo descifrar una letra. Y también introduje cuatro galletas del restaurante de enfrente de mi hostal para la interna que escribió un texto sobre la comida y que añoraba ese pan. Todo pasó sin problemas porque los oculté debajo del fólder de trabajos. La interna no quiso leer su texto ante la grabadora, dijo que le pediría a Rosell, la mujer de más edad del grupo, que es como la líder, quien escribe superficialmente, y tiene máquina de escribir mecánica. Había pocas alumnas porque aparte de que era tarde, nadie les dio mi recado que no podía ir el jueves, pese a las reiteradas llamadas de Cristina y Liliana. Las alumnas me dieron dos teléfonos donde les puedo hablar, otra novedad en relación con las cárceles de México. Antes de entrar, observé que llegaron a la puerta principal varias mujeres con niños.

Después confirmé que eran niños traídos de diversas instituciones que cuidan a los niños y los llevan a visitar, hasta las dos de la tarde, a sus madres, cada primer jueves de mes. Luego supe, por los textos, que los sábados los hombres visitan a las internas. El domingo, las mujeres y los niños. En días festivos entran ambos sexos, pero un máximo de cuatro personas, por interna. El miércoles próximo les restituiré la clase.

Hubo algunos textos buenos. Ahora pecaron de descriptivos, a propósito del sentido de la vista. Describieron minuciosamente el Patio 6. Escuchar textos que versaran sobre lo mismo no fue interesante, pero creo que es posible seleccionar uno. Rara vez salen de ese patio, de ahí que se convierta en su centro de atención. Una joven describió la mínima amplitud del patio, donde hace ejercicio antes de que salga el sol. Las descripciones de la celosía paralela a los pasillos de las celdas es dramática; desde ahí ven los cerros cuando sale el sol. Por fuera de esas celosías sólo se ve ropa secándose. Donde viven es un pasillo, con una hilera de celdas muy pequeñas, más que las del Oriente, pero aquí sólo viven dos, una duerme en el *planchón*, cama de cemento, y otra en el suelo. El frío y las lluvias permean muchos de los textos. Enfrente de las celdas, a dos pasos, está la celosía. Me pareció escuchar que en el patio 6, la de las presas comunes, hay 70 mujeres con algunos niños. Esa clara distinción entre los textos de los lunes y los jueves deberé explotarlas a lo máximo. Las mujeres del 6 son muy cautas en exponer las causas de su encierro.

Algunas alumnas fueron llegando de su clase de aerobics, a quien le llevaba las galletas estaba tan descubierta que parecía estar en Valledupar. De verla me daba más frío. Cuando salió del salón por su texto, le di las galletas. Sus ojos expresaron gran sorpresa y agradecimiento; le dije que no comentara que se las había dado porque eso la convertía en mi conse; en realidad, yo quisiera llevarles algo a todas. Salí cerca de las 12 del día. Voceaban mi nombre y no me daba cuenta. Hasta que me lo hicieron notar. Se quedaron a platicar conmigo un grupo de cuatro. La chica más guapa y distinguida escribió un texto conciliador, donde trata de ver el recinto como una nueva casa. Me hizo preguntas sobre cómo mejorar los textos, que no podía narrar sino que exteriorizaba comentarios, pensamientos. Le hablé de los pros y los contras de escribir textos con pensamientos. Insisto en que se centren en la anécdota para potencializar el resultado.

De regreso me bajé en la Avenida Jiménez y me fui caminando en busca de una clínica dental que se llama *Sonría*. Un rato veía la tele y otro, leía el periódico. Por la televisión supe que había fallecido el joven que había sido golpeado el domingo pasado en una manifestación del Primero de Mayo. No queda claro si fue la policía, quien echó gases lacrimógenos sobre los manifestantes y provocó la corretiza, y si en eso se cayó el joven de 15 años y los manifestantes asustados pasaron sobre él. Pero todo parece indicar que la policía le echó montón, así quedó registrado en las fotos y videos. Vi el video de la dispersión

y se ve espantoso, reconocí la carrera 7ª, la Plaza de Bolívar, y los soldados persiguiendo a la multitud. Estruja el alma que mantengan a raya todo asomo de manifestación pública. Y que su escenario sean las calles que camino a diario. El joven estudiaba tercer año de secundaria; el noveno de bachiller, dicen aquí.

En la televisión también vi un fragmento de telenovela mexicana; lo supe porque dos guapos mozos y nais se hablaban de *No manches, guey*. Qué vergüenza.

En la espera, empecé a leer la novela *Angosta*, del colombiano Héctor Abad Faciolince, quien acaba de ganar, en China, la mejor traducción de novela. La compré en Lerner, la librería gigante.

Al internet llegué muy cansada. Le dediqué dos horas y media al dentista. Y muy fastidiada de encontrar en mi correo sólo mis propios correos devueltos. Charli me dijo que por qué tenía esa cara de triste. Le respondí que estaba harta de mi cuenta de internet. Y de inmediato puso a Leo a abrirme una cuenta en Yahoo.

Nos quedamos hasta las once y media. Y los chinos volvieron a enseñarme términos muy coloquiales. Por ejemplo: *La puso a mojar el cuco,* la excitó sexualmente hasta humedecerle la tanga. En el mismo sentido se dice: La puso *arrecha*, caliente. *Cuca* es vagina. Y me dijeron que en la calle venden unas galletas negras con ese nombre. *Maniculiteteo* es meter mano por todas partes. *Garbimba*, es astuto. *Pichurria* es una persona de muy poca valía. *Gonorrea* es uno de los peores insultos que se le puede decir a una persona porque indicaría que pertenece a la escoria. *Luca* es plata, dinero. Igual que en México. *Gamba* se

dice a los cientos de pesos. En lugar de cuatrocientos pesos; cuatro *gambas*. *Palos* se les dice a los millones de pesos. Rieron mucho cuando les dije que *palo* en México es el pene. Está *pifiado*, está equivocado. *Chingue* es traje de baño. A Daivin le di una larga explicación del verbo chingar. Como dice que me va a llevar de paseo a las minas de sal y a un río con una isla, que se le paga a un barquero para que te lleve a la isla, pero que es frío el lugar. Me pidió que me llevara mi *chingue*. Y rápido le respondí: "No me chingue, si hace mucho frío". No entendió, de ahí mi prolija explicación.

Con regularidad la gente dice esta frase: *¿Cómo, así?* Quiere decir que no entiende. Como cuando nosotros decimos, no te entiendo. Pero aquí indica desconcierto o asombro. Si te cancelan una cita amorosa, dirías: ¿Cómo, así? También puede significar: Por qué me haces esto. O espérate. *Trancón* es embotellamiento. Como si se atravesara un tronco. Al engargolado le dicen anillado. *No me dé papaya*, no me dé oportunidad. Se dice en un tono amenazante. Por eso, en Valledupar, Santa Elisina le dijo a Oswaldo: "No me dé papaya para odiarlo". *Balsear*, molestar. Charli balsea mucho a Leo. O *se lo monta*, lo agarra de bajada. Y *montarse* también es abordar. Montarse al avión. He confirmado cuál es el *cartucho* al que se refería el líder de los indigentes. Es el alcatraz. De ahí que dijera que la entrada era muy grande y la salida pequeña. Al pan que nosotros llamamos oreja, aquí se le llama *corazón*. Creo que en estas dos palabras se han invertido los sentidos poéticos. Me parece tan bella y enigmática la palabra alcatraz, una flor que me encanta. Y me parece agresivo cartucho, que de inmediato hacer pensar en una bala de pistola. Por el contrario, nosotros vimos forma de oreja al pan, donde ellos ven un corazón.

Cuando los chinos me vinieron a dejar, Daivin se quejó de que al cerrar la puerta del *chuzo*, negocio, con un palo, se le había encajado una espina. Y yo le dije: "¿De qué palo me está usted hablando, del mexicano o del colombiano?" Se rieron. Nos despedimos. Eran las 12 de la noche.

Colombia, seis poetas de los años cincuenta

Felipe Agudelo Tenorio

(Bogotá, 1955)

El guerrero

El guerrero, otrora invencible,
Modesto recupera
Su indiscutible lugar entre los asesinos.
Y pierde su aureola, su corona de miedos,
Sus antiguos títulos, su pedestal en la
[leyenda.
Un hedor a sangre y monedas lo precede.
Un aletear de buitres gordos lo anuncia.

Horacio Benavides

(Bolívar, Cauca, 1949)

Yo que iba para la fiesta

Había comprado estos zapatos blancos
esta ropa para ir a la fiesta
y la sangre de mi hermano
ha salpicado la manga de mi pantalón

Y ya es muy tarde para volver al almacén
y no tengo ropa limpia en casa
y cómo salta el rojo sobre el blanco

Seguramente ya arde la fiesta
y el alcohol corre como el agua

Y para colmo
la sangre de mi hermano
ha manchado mi camisa blanca
aquí en mi pecho.

Fernando Herrera Gómez

(Medellín, Antioquia, 1958)

En un balneario

Es conmovedora
la ingenua arrogancia de estos seres
a quienes la luz esplendente del verano
ha congregado en la playa.

La fuga de las labores
no es razón suficiente
para que la atribulada especie humana
se agrupe desnuda
en las gastadas orillas de la tierra.

Mandatos poderosos y antiguos,
que dictan la sangre y las estrellas,
hacen de nosotros
adorables bestias migratorias.

Aquí estamos todos,
ungidos por bálsamos superfluos,
en una frívola actitud que oculta
nuestra obediencia de rebaño.
Hemos descendido desde las cumbres del
[planeta,
para beber un poco de la luz sagrada.

Víctor López Rache

Toca, Boyacá, 1959)

Negando el tiempo

Recuerda,
esta piedra fue pájaro,
pero en ella no existe el ánimo del vuelo.
En cambio de nosotros perdura la dicha
[que sentimos
cuando por primera vez nuestros padres se
[miraron.

Sin reconocer tu rostro de hace miles de
[años
la rutina del espíritu habrá negado
que aquí está reinando la ausencia del
[hombre.
Pero con tu regreso la piel vuelve a ser
[deseo,
Tu belleza será balanza de mi cuerpo.
Y nada lo impedirá:
aquí vivimos desnudos
antes que la dignidad acuñara el amor en
[monedas.

Ojalá con tu visita
bajo tu pie desaparezca el origen de los
[caminos
que aún se repiten en las estrellas.

Julián Malatesta
(Miranda, Cauca, 1955)

La soledad del pájaro

Siempre se halla ahí,
Con la hoja de la navaja escarbando
/el mugre de sus uñas,
No habla con nadie, nunca mira a los ojos.
Cabecea lentamente cuando alguno
de los reclusos se le acerca,
En el paso del otro siempre calcula
/una amenaza de muerte.
Dicen que sólo miró de frente
Los ojos aterrados de sus víctimas,
En medio de los gritos, como un matarife,
Los iba degollando con su cuchilla.
De la vieja tradición de Pilatos,
Sólo le queda el mugre de las uñas
Que el escarba con su navaja.

Robinson Quintero

(Caramanta, Antioquia, 1959)

Trabajan tanto los fabricantes de ataúdes de mi país

A mañana y tarde
en día laboral y festivo
sin vísperas
miden
trazan
cortan

Sin importar para quién
sin importar si es el propio
cofres lisos
unos
y ásperos
otros

Como peones a la orden
del más severo Señor
taponan
pulen
empañetan
a prisa

En las noches oímos
sus garlopas que alisan
tabla a tabla
sus martillos que oprimen
clavo
a clavo

Con las manos llenas de polvo
con los rostros sucios de aserrín
cantan:
¿son más los de arriba?
¿son más los de abajo?

De sol a sol trabajan
los carpinteros en ataúdes
en mi país.

México, seis poetas de los años cincuenta

Hermann Bellinghausen

Valle insomne

Somebody is shooting at something in our town
A dull pom pom in the Sunday Street.
(Silvia Plath)

Manida y en condiciones críticas
la voz de la experiencia sirve
menos cada día que pasa

Aprender tanto no alcanza ni nada
para entender o traducir en llano
lo que ocurre en el valle últimamente

Alguien la dispara a algo
un pum pum ahora mismo en el pueblo
calle abajo y nos guardamos

Vive a tientas la palabra
Camina a ciegas la distancia
En los zaguanes duerme la miseria

Figuras de trapo y borra
hacen como que respiran
cuando las miradas asoman

Ráfagas gratuitas en los patios
Ráfagas rojas bajo los tilos
Los gatos desertan del tejado

¿A dónde mi vieja casa en el bosque?
¿Quiénes robaron paisajes al aire?
Y la paz para los párpados ¿cuándo?

Jorge Humberto Chávez

Luz

Pasada la hora del empleo pensé en tu cuerpo maría de la luz
separado por un metro de tierra gruesa
bajo un cielo de vértigos

blancos deben estar tus huesos porque luz
es como te llamaban en la casa
luz
y así han de brillar para nadie en el sonido
de tu sorda conca en la mudez más pura

estarás en ellos un poco todavía me pregunto
en algo habrás persistido alejada del aire
ciega de tanta sombra
muda de tanta habla sin testigos

errarán quizá por un tránsito distinto
dejarán por ahí dispersas huellas finas de su paso

ahora sé que todos somos una ristra de huesos
que siempre están soñando y cantando
para nadie

Tomado del libro Un rosario de huesos, *UAQ 2020.*

Margarito Cuéllar

Tolk show

El hombre
alza los brazos como quien toca el cielo
las nubes
los últimos ángeles del año.
Abajo un lago de cabezas flotantes
gira en su eje.
De vez en cuando
el aire arroja una interjección
un asombro
el ala del fastidio.

El hombre cierra los ojos lentamente.
Mueve uno de sus pies.
El tiempo detiene los relojes.

La multitud al rojo vivo:
"Arrójate",
"a la hora que quieras",
"no tenemos tu tiempo."
Ahora el suicida es un niño,
su sombra empequeñece
en la pared de enfrente.

Los celulares
uno a uno registran la exclusiva
cómo una fuga eterna.

El público se aburre.
Quiere ver sangre.
El niño vuelve a su envoltorio,
aprendiz de suicida
sabe que es necesario dar el último paso.
Gira a su izquierda
la noche toma el toro por los cuernos,
abajo los colmillos se visten de domingo.

El ser que va a volar.
El cuadro se congela.

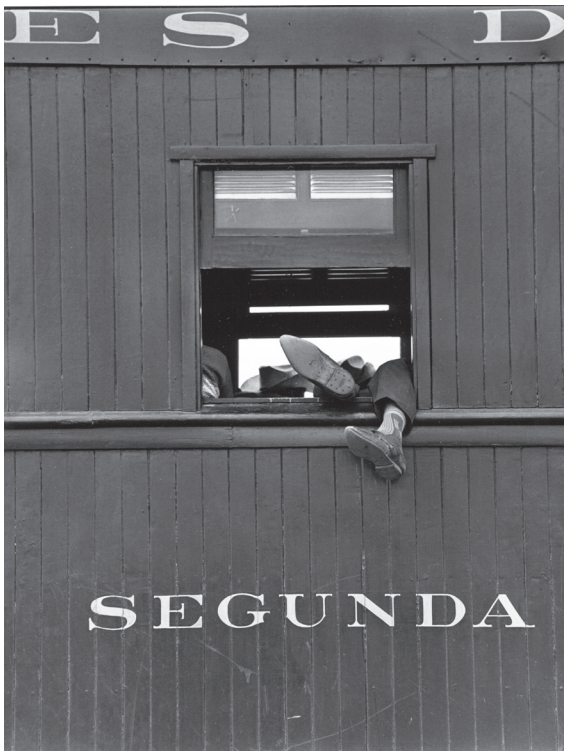
Julio 19 2021

Kyra Galván

Danza macabra

Hubo una época oscura en la que las plagas azotaron Europa, trayendo gran mortandad. Esta conciencia colectiva de la muerte, propició el nacimiento de un género artístico llamado la Danza Macabra.

Algo Crece y se multiplica
Algo está herido, roto, descompuesto.
Es mi país que está oxidado, fracturado, dislocado.
Algo florece como pasto salvaje:
las cruces de los muertos y los desaparecidos.
Algo se escucha que incomoda:
los gritos de madres e hijos.
Los mutilados crecen verdes
en las milpas, en los árboles, en las venas.
Cómo subiremos los 34,000 escaños
desde el infierno de las fosas clandestinas
hasta respirar aire puro.
Cómo lavaremos nuestras manos, nuestras almas,
de los picos y varillas para rastrearlos.
Comeremos la sangre de la tierra
filtrada en el espresso de la mañana.
De manera casual
enseñaremos a los niños
simulacro de balacera en las escuelas.
Y volveremos la cara ante la violencia
que nos hiere.
Nos parte, nos divide,
nos aja, nos viola, nos desarticula,
nos fragmenta, nos rasga,
nos quiebra, nos desgaja,
nos
des
humaniza.



José Angel Leyva

Migrantes

No estuvieron aquí camino al otro lado
Pasaron por encima para no despertar
a los durmientes ferroviarios
que van contando los metros del infierno
El paraíso distante se huele en el hogar
cuando no hay nada qué perder acaso el hambre

Hay cuerpos que nacen por nacer
o matan o les quitan el alma para tener un pasaporte
La patria está donde hay mañana

Hay peregrinos que dejan de existir para no ser prisioneros
El cautiverio impide llegar al más allá
Nunca pisaron tierras mexicanas para arribar a la frontera
Atravesaron el aire sin respirar el tufo de la muerte
Nunca pasaron por aquí
A Jordi Virallonga

Lucía Rivadeneyra

De Abanicos

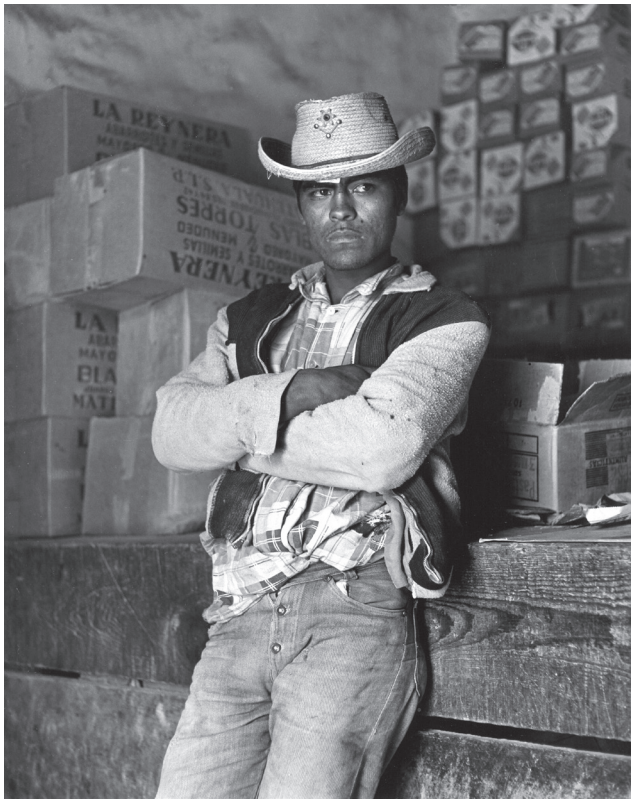
V

Una mujer urbana
escurre adrenalina por las calles.
Tiene los labios dulces por el vino.
Bosteza por la tarde
mientras toca sus senos invaluables.
Conoce sus colmenas, sus delirios.
Una mujer urbana
guarda como secreto, su infinito
placer por el desastre.

VI

Tierra labrada es la mujer del campo.
Amarra sus deseos con la milpa,
en la cintura los detiene todos.
Balbucea sus sueños,
guarda en el vientre espigas.
Con sus manos quiere cortar el fuego;
con las piernas plagiar el tiempo verde.
El lodo de sus pies tiene memoria.

Rodrigo Moya



Ángel afortunado

A Susan Flaherty

Pensé que estaba muerto,
y tras de mis pasos había quedado
la luz oblicua sobre mi escritorio,
y el jardín con su fiesta desordenada
de flores relumbrantes sobre el césped.

Estaba muerto, y ella sentía ondear
entre su cabellera el viento matutino,
y miraba volar pájaros vertiginosos
mientras sus manos arreglaban tiestos,
y parecía triste porque yo no estaba.

El agua del regadío manaba fresca
entre los tulipanes, y daba a los terrones
destellos de diamantes negros,
y besaba sus pies como yo los había
[besado
cuando vivíamos juntos allá en la tierra.

Arriba, cielo y nubes fulguraban,
pero yo estaba muerto, ella lo sabía,
y ambulaba pausada bajo la primavera,
sin aquella sonrisa que me brindaba
cuando de pronto yo entraba por sus ojos.

Pensaba absorto que ya no existía,
pero por razones incomprensibles
el tiempo era un Paraíso de silencios,
donde sentado entre columnas y naranjos
la veía de cerca respirar y anegar el
[prado.

La luz del mundo danzaba su danza diaria,
cuando las ventanas invadían su rostro,
y yo a su lado, como el Ángel Afortunado,
aún habito esta Arcadia que son los días,
aunque a veces pienso que ya estoy
[muerto.

Cuernavaca diciembre, 1997

Carmen Nozal

Las moscas

Quién si no las moscas pueden mostrarnos el camino.
Ahí están, dicen las moscas,
absortas en su danza prehispánica.
Ahí están, insisten murmurando
con un zumbido incesante.
Ahí están, apuntan las moscas como plañideras:
adentro del espanto de esa noche,
adentro del monte arriba
por el que algún día corrieron
cuando eran niños.
Ahí están: los sueños torturados, los pantalones rotos,
un tenis, cuatro plumas, dos carcajadas,
los vestidos desgarrados, una libreta.
Las novias que siguen esperando se preguntan: ¿dónde están?
Ahí están, responden las moscas
sobrevolando los huesos, el hedor penetrante de los días,
la esperanza mutilada, el silencio que gime como un viento desollado.
Ahí están, todos revueltos, abrazados,
con la juventud brillando bajo los párpados.
Ahí están, ¡vengan por ellos!, dicen las moscas
unidas, haciendo guardia al amanecer.
Ahí están, dicen inquietas, ambiguas, impotentes,
respirando el olor dulzón de la carne amarga.
Ahí están, presentes, los cuerpos
que brillan como pequeñas luciérnagas.
Ahí están, las moscas nacidas de la compasión,
las moscas de la misericordia.
Ahí están, contando lo que pasó
con sus alas turbias y su color azul.
Ahí están, los ojos más tiernos, los más transparentes
ojos por los que brotan los árboles luminosos.
Ahí están, los rostros llenos de lodo, con el corazón intacto,
las huellas de sus pasos sobre esta oscura piel llamada patria.

Ahí están, sus lenguas besables, sus labios agrietados,
sus cálidas gargantas, su afónica oración.
Ahí están, las frentes inclinadas, bendecidas por sus madres
antes de salir de casa.
Ahí están los que nunca más volvieron,
calcinados, molidos, dispersados,
Aguardando, aguardando.
Ahí están, dispuestos, extenuados,
con relojes de arena y voces invencibles
Ahí están, con la mirada profunda
y las pestañas llenas de polvo y aves.
Ahí están: los emilianos, los panchos, los chaparritos,
los que sabían leer, los que serían distintos.
Ahí están: las lupes, las citlalis, las juanas
y marías,las artesanas, las costureras, las enamoradas eternas.
Ahí están las moscas que sobrevuelan la verdad.
Y ahí están todos, con el polvo en los huaraches y los puños apretados,
los padres, las madres, los hermanos, los abuelos.
Ahí están los maestros, los albañiles, los campesinos,
las amas de casa con su olla humeante de frijoles heridos.
Ahí están, los mataron, los quemaron, los aventaron
como quien tira un saco de piedras en la orilla del mundo.
Ahí están, dicen las moscas con su rumor de letanía,
recitando los nombres, los apellidos,
la inmensa lista de los que nunca vuelven,
la obstinada legión de los despiertos.

California Dancing Club

Fernando Herrera

Debió haber tenido su esplendor por allá en la década de 1940 o de 1950, pero el salón de baile California Dancing Club sigue, aunque un poco de capa caída, abriendo sus puertas varios días a la semana. Queda cerca de la estación de metro de Portales en la ciudad de México, y a juzgar por los ventorrillos de comida y por el aspecto huraño de los transeúntes que por allí circulan, no es el lugar al que vayan de fiesta las gentes de alcurnia. Es una sala enorme, con una pista grandísima. Hay allí un estrado para la orquesta y a los lados mesas y sillas en donde la gente bebe agua o refrescos, pues no es permitido el licor. Las parejas que acuden allí entre las cinco de la tarde y las diez de la noche, son de preferencia ya entradas en años. Todos asisten con sus mejores galas, que invariablemente tienen un tinte de otra época: son comunes los zapatos de los hombres combinados de blanco y café o negro y muchos de ellos llevan cargaderas que pueden verse cuando, acalorados, se dan la licencia de quitarse la chaqueta. Las señoras llevan con frecuencia peinados abombados con las puntas vueltas hacia arriba a la usanza de los años cincuenta. En derredor de la pista iluminada, en una cornisa alta, parpadean alternándose, lucecitas rojas, azules y verdes. De pronto comienzan a subir los músicos a la tarima. Es una orquesta de danzón. Aparte de los grandes timbales, hay tres trompetistas y uno que toca el trombón, además de los que ejecutan los distintos saxofones que cambian por clarinetes según la pieza musical. El baile del danzón se asemeja en lo ceremonial, al del tango. Las parejas se disponen todas de cara a la orquesta, tomadas de la mano. A los primeros acordes todo el mundo permanece quieto. Después hay un silencio, luego de la introducción, y al arrancar cadenciosa la música de nuevo, repitiendo la misma melodía pero con más brío, comienzan lentamente el baile de una gran elegancia en el que hay mucho de cortejo. Los silencios se intercalan y cada vez la velocidad va ascenso, hasta llegar de nuevo a la lentitud del comienzo,

cuando las parejas se aprestan a dar los pasos finales que coinciden con los acordes de la terminación de la pieza. En ese momento, nuevamente tomadas de la mano miran hacia la orquesta y extienden hacia ella sus manos libres en un exquisito ademán circense. No hay cantante. Sólo un importuno animador que, henchido de retórica, trata de avivar con sus frases lo que ya está encendido. En el momento en el que la música está en la cima, dice de pronto con voz afectada: "Son formas musicales creadas por el hombre para el disfrute de los buenos bailadores".

Hombre acurrucado

La imagen la vi yendo hacia *Hierve el agua*, mas allá de Mitla, hace unos pocos días, pero pudo haber tenido lugar hace cien, quinientos, mil, o diez mil años atrás. Hay posturas que hacen reconocible a una cultura y que parecen estar ya en los genes de quienes la conforman. Está la de la flor de loto de los orientales, la de las abluciones de los árabes en dirección hacia la Meca. Existe una que es mexicana. Consiste en un hombre solo, sentado en la tierra, con la cabeza apoyada en las rodillas recogidas y las manos unidas y ocultas entre las nalgas y los tobillos o abrazándose las piernas. Las imágenes más arquetípicas lo pintan con un sombrero campesino de paja y con un nopal cercano. Debo decir en lealtad al deterioro de las costumbres, que el hombre que vi en aquel camino polvoriento y desolado cerca de Oaxaca, no tenía sombrero ni zarape, y que su atuendo era el deslucido de la época actual, pero que esa posición no era algo trivial sino algo inscrito en lo más hondo y antiguo del alma mexicana. Levantó apenas la mirada al pasar nosotros en el carro, nos siguió con sus ojos taciturnos, y volvió a sumergirse en una somnolencia de siglos, como si rumiara todos los mitos de sus antepasados.

Hipólito

Decidimos ir esa mañana al mercado La Merced, mas guiados por el mambo de Pérez Prado que por ninguna otra cosa. Estábamos hospedados en el Hotel Majestic, así que atravesamos el Zócalo hasta llegar a la catedral, y seguimos avanzando por las callecitas ruinosas y ondulantes que se extienden en esa dirección, en medio de las torres inclinadas de las iglesias. El sector no es propiamente recomendable, pues está cundido de maleantes y las calles están encharcadas de aguas fétidas y sucias y hay multitud de ventorrillos improvisados de toda suerte de mercancías baratas, y resuenan sin piedad mil canciones desde los puestos de discos. Como en todas nuestras ciudades estas zonas deprimidas albergan campesinos que han llegado hace no mucho o a gentes que vienen del campo por un día para hacer sus compras. Había una patrulla de policía estacionada cerca de un edificio estatal. De pronto vimos a un hombrecito mal trajeado que caminaba por allí y que de inmediato levantó sospechas en los policías del carro, que comenzaron a silbar haciendo señas, llamándolo. El hombre siguió su camino como sino fuera con él, y fue entonces cuando de debajo de uno de los cobertizos improvisados de tela plástica azul, salió una voz campesina, impregnada de toda la tierra de México, que dijo con una cómica entonación como de película de Viruta y Capulina: *se llama Hipólito*...

Colonia Hipódromo Condesa

Nada como caminar en estos días de verano por las calles circulares de la Colonia Condesa de la Ciudad de México. Salvo algunas dentelladas que el avance de los tiempos ha pegado, la arquitectura guarda una gran armonía. Las casas y los edificios tienen esa dimensión proporcionada y acogedora de lo que fue una época ya ida. Se puede sentir sin ser oída, la calidez de las conversaciones en las salas y las cocinas. A veces, incluso, se percibe el vaho tibio de alguna comida casera. Pero son sobre todo los árboles de las avenidas y de los parques lo que da a la Colonia Condesa su encanto. Debe haber en esa sensación de caminar por entre arboledas, una remembranza del ser primitivo. Se experimenta un bienestar que en algo debe tocar fibras olvidadas del hombre antiguo que andaba entre los bosques. Y aquí, en una de las ciudades más populosas del mundo, paradójicamente, en estas calles que giran en torno a un hipódromo desmantelado, caminando por senderos fangosos —pues las lluvias repentinas todo lo convierten en lodo— uno se siente a gusto con el olor de la tierra mojada, con el canto de los pájaros, con el brillo de las hojas lavadas por un agua que deja a la ciudad en una inocencia de jardín edénico.

Celedonio Orjuela Duarte

Rudos como los montes

Cocinabas para montaraces.
Cuerpos impregnados de olor a maderas, bajaban de las
montañas, se internaban en lo profundo de bosques de niebla.

Al caer la tarde descargaban leños y racimos de plátano.
Rudos como los montes llegaban con sus ropas húmedas de aserrar maderos.

Se sabe de ellos por el ruido de la motosierra
o el golpeteo del hacha sobre los troncos de roble o yarumos gigantes,
se resistían a morir, erguidos en su vejez.

A veces se iba con uno de ellos por los montes.
Su hijo curioseaba una Beretta dejada en la mesa.

Tirados en el cambuche de la plaza de una ciudad que desconocen,
procuran el regreso.

A qué parte iré

A qué parte iré,
ya no están los que acogían a los animadores de presagios.
Han borrado las tabernas de mis calles,
el alboroto de las fiestas.
El miedo de una bala loca se percibe
en el rumor de un lenguaje clandestino,
en las pausas de las fatigas.
Este mal vivir viene de los palacetes
donde diseñan ofensivas con una finalidad precisa.
Sangre vertida de los cuerpos bañados por la lluvia.
A qué parte iré en este despojo de la noche.
Desvanecida la esperanza de oler
la piel húmeda de las muchachas en los bailes.

Manuel Pachón

Caja de cartón

En una caja de cartón
cabe la poca ropa
cogida a la carrera,
pero no los recuerdos.

En una caja de cartón
cabe la olla salvada del incendio,
pero no cabe el hambre.

En una caja de cartón
caben las fotos viejas,
pero nunca la risa
borrada para siempre
bajo el brillo del arma.

En una caja de cartón
caben muchos objetos,
pero no cabe tanta rabia
tanto dolor
tanto dolor.

Fénix

Habitamos el cadáver de un pájaro
y prisioneros contemplamos la noche
a través de sus costillas.
En su cola maltrecha
se mezclan las plumas y la hierba,
el polvo centenario casi ha inutilizado
las articulaciones,
mientras la podredumbre
transita en sus entrañas.

Nosotros, náufragos de este vuelo,
refugiados en el pequeño corazón,
no apagamos el fuego,
salimos a diario a acicalar las alas.
Algún día
expulsaremos al último gusano
y tomaremos vuelo,
nosotros,
ciudadanos del cadáver de un pájaro.

Emilia Ayarza, El diario de una mosca

Juan Manuel Roca

"Vengan, cumplidas moscas"
Jorge Gaitán Durán

Emilia Ayarza eligió, de todos los posibles animales para la observancia desde un periodismo hecho del registro de pequeñas cosas, no al búho de presencia sapiencial y aires filosóficos, no al águila rampante de vista aguda, no a la edénica pero bífida serpiente ni a la cabra capaz de trepar a los riscos para mirar al hombre, sino a la despreciada, zumbona, entrometida mosca.

Fingió para ello ser ese animalito díptero que el "Diccionario de la lengua española" cataloga como muy común y muy molesto. No sabemos qué mosca la picó, pero al trocarse en ese ser de ojos saltones se echó a sobrevolar por muchos lugares de México, antes de que lo hiciera otro apasionado guatemalteco que se iría también al exilio mexicano y se nutriera del mundo mosqueril.

Emilia se entró de rondón, como impertinente mosca, en las casas de los que trabajan o de los que su trabajo es hacer trabajar a otros, en dormitorios de actrices y coristas, en las vitrinas de las librerías y de las mesas que tienen calaveritas de azúcar, en las pintorescas barcas de Xochimilco o en los soporíferos cines del domingo.

El "Diario de una mosca" es un rastreo de la vida cotidiana de la capital de México: aparecen en él los mitos populares, sus comidas, algunos cuadros de costumbres, en una labor husmeante.

Como una Pavlova casera, la mosca realiza una danza en todos los aires.

Desde un ámbito lleno de porcelanas de Sévres hasta los lugares humildes donde el epicentro del hogar es un comal, ese pequeño altar de las tortillas.

El ser una zumbona y democrática mosca que visita tanto los distritos miserables como las colonias elegantes del D.F, le permite a Emilia Ayarza hacer un recuento pormenorizado, día tras día, de sus sentires y de sus reflexiones.

Mucho humor, mucha imaginación, gran capacidad analítica, ironía y más ironía, brota a borbotones en las páginas de su diario.

La tragicomedia tan propia de los latinoamericanos atrapada en estas páginas nos recuerda que en nuestro caso, cuando el pensamiento aprende a escribir, lo hace a veces desde el goce y otras muchas veces más desde el llanto.

La mosca es libre. Solitaria. Viajera. Tres condiciones que le permiten entrar donde quiera, guardar las distancias e ir sin más pasaporte que el deseo. ¿No son tres dimensiones fundamentales para la creación la libertad, el distanciamiento, la transgresión de fronteras?

De todo esto hay buenas pruebas en el jugueteo que Emilia Ayarza instaló en su muy mexicano diario. Acá está una mirada viva, algo más que un divertimento: ni mosca muerta, ni mosca en leche, más bien una alada actitud desacralizadora, desenfadada, otra cara de su atractiva y rebelde personalidad.

Bogotá, octubre de 1996.

Esquirlas del *Diario de una mosca*

Mucho humor y una gran imaginación despliega Emilia Ayarza en su *Diario de una mosca*, una columna de prensa escrita durante su estancia mexicana. Tras el vuelo de una curiosa y sombría emisaria, asistimos a escenas cotidianas y contradictorias, entre pasteles de boda y sobras de basurales. "Por qué tanta belleza en tan poca alma", se pregunta la mosca zumbona en la que reencarna la escritora colombiana. JMR

Día 1.

Es millonario. Lo tiene todo. Absolutamente todo. Menos el vuelo. Cuando cae de sus edificios, parece un ángel de cemento.

Día 5.

Quiero decir que el zopilote es un ave interesante. Me seduce su seriedad, su prestancia, su seguridad personal y su desprecio por las cosas humanas. El zopilote es severo, independiente, altivo y no anda mendigando el cariño de los hombres como el perro, como el

gato, como el caballo. Conoce el poderío humano y sin embargo, lo desprecia. Todos los animales hacen demostraciones más o menos expresivas de tristeza, de alegría. El zopilote no se inmuta. No expresa nada. No es espontáneo. Tiene un alto sentido de su dignidad, personal y oculta con el más perfecto decoro sus cuitas. Todos los animales que viven en contacto con el hombre son vanidosos, fatuos. La paloma esponja su plumaje para parecer más bella. El caballo enarca la cabeza. El perro bata la cola con signo pedigüeño. El gato se lava la cara con saliva para parecer más pulcro. El zopilote no... También es poeta. Si no alentara bajo sus alas un corazón de artista no viviría en los tejados, en las copas de los árboles, filosofando y girando en y girando en las alturas bajo la lumbre del sol. Los que hayan visto caminar a los grandes de la tierra, a los lores, a los pares, a las reinas, pueden decirme si alguno de estos pobres diablos tiene el señorío de un zopilote cuando recorre una rama desnuda. Eso es elegancia y también es señorío. Tiene también el zopilote un un alto sentido de la paz. Nadie lo vio nunca peleándose con sus congéneres. En el festín de los potreros, en el pic-nic al aire libre, reina siempre la más completa armonía. La aristocracia de los zopilotes se aprecia mucho mejor en los parques zoológicos. Mientras las otra aves de rapiña, águilas, cóndores, buitres, graznan estridencias, él permanece impasible. Inclinada la cabeza meditativa y pelada, escrutando el horizonte y mirando los barrotes de la reja con resignada melancolía. El zopilote debe estar orgulloso de poseer el espacio abierto. De filosofar en los tejados. De darle la espalda a los hombres. De dormir por las noches en cualquier roca, reclinada la cabeza sobre el pecho de alguna enlutada "zopilota" y en las mañanas azules desayunarse a la carta en las afueras de un pueblo. Al fin y al cabo, pienso yo: si los humanos se comen a los cerdos, ¿por qué los zopilotes no pueden comerse a los humanos?

Jueves 6.

¿Si la gente trabaja como negra para vivir como blanca, ¿por qué no puedo yo escribir como mosca para vivir como humana?

Agosto 2.

Todos los días acompaño mi muerte. Es una forma de penetrar lentamente en la quietud del vuelo.

Febrero 28.

Pasé la noche en una pastelería. Estoy harta, hoy no escribo.

Juan Manuel Roca

Oración a nuestra Señora de Comala

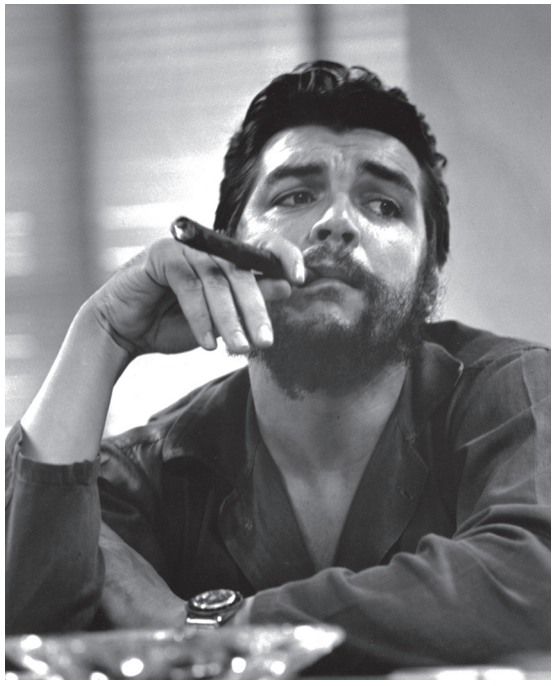
Señora de los fantasmas:
henos acá,
un hato de ausentes
por estos valles del olvido.

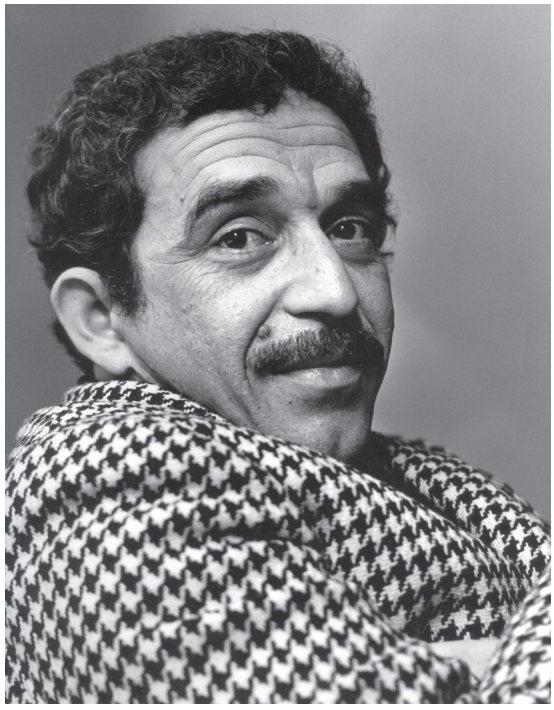
Rincones. Campanarios.
Huertos sin cultivo
recuerdan tus pisadas.

Un poco de agua
en la tolvanera,
una pizca de sombra
en el desierto,
Señora de los fantasmas.

Los cántaros vacíos murmuran
en la explanada,
los jarros de agua
tienen la sed de los perdidos.

Nada más un poco
de luz en el olvido,
un poco de aire
en nuestro aire,
un charco como un puente
entre dos nadas.

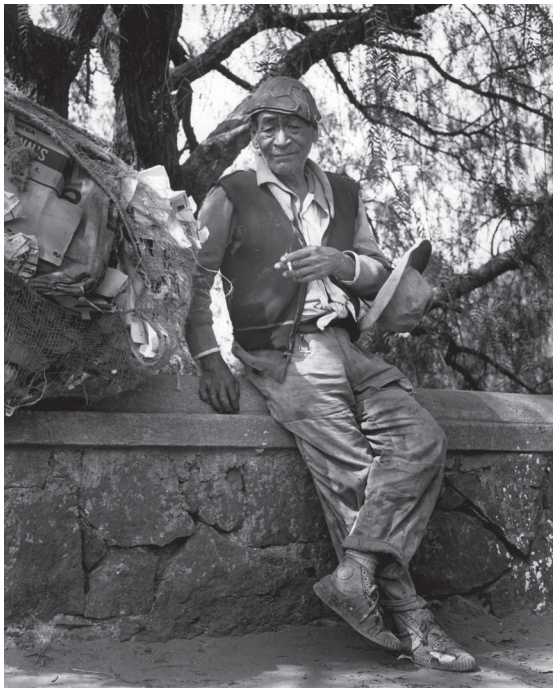




Testamento de Pedro Páramo

Polvo de las desgracias
y un jarro roto
que gotea en otra edad,
los murmullos de Comala
que es la patria del viento,
un cielo de cobalto
asomado a un muro blanco
despellejado por el sol,
el perchero de un cactus
para colgar la piel del verano,
una calle empedrada
por donde bajan los relinchos
antes de que bajen los caballos,
señales de quien deja la huella
antes de poner el paso,
un puñado de nada
es todo lo que hereda mi hijo,
nieto y biznieto de fantasmas.

Lasse Soderberg



Yagul

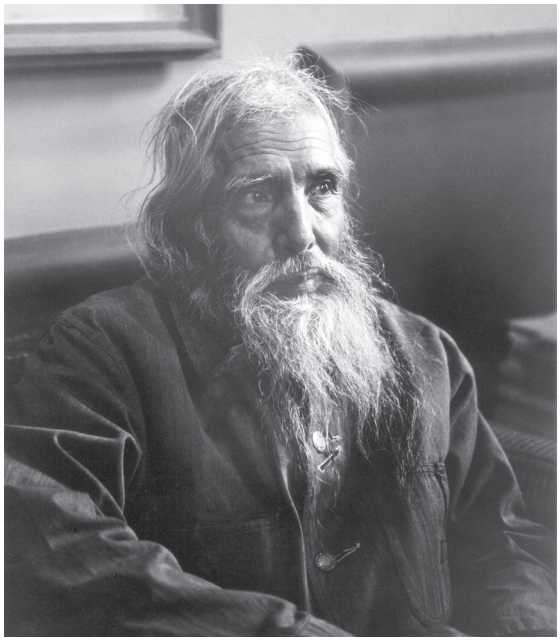
A Trine, que nos llevó

Es un lugar fuera del tiempo
llamado el "Árbol".
No hay sin embargo árbol.
Si hubiese árbol habría tiempo.

Mediodía inmóvil.
La súbita desaparición
es una suerte de prestidigitación.
Ejemplo: el lagarto asustado que se esconde.

La lenta desaparición en cambio
significa regreso al árbol
con sus enigmáticas flores.
Ejemplo: la lengua de los zapotecas.
Un solo movimiento partido en dos.
Ejemplo: la diligente población de hormigas
y jugadores de pelota que invisibles
se mueven aún en la hierba rala.

Entre túmulo y tumulto
ese lugar fuera del tiempo.



Mi amigo el poeta Álvaro Mutis

Armando Romero

La primera impresión fue de piedra negra sobre cielo gris, y desde entonces se acabaron los colores. Era la ciudad de México en 1971, en 1972, y así sería siempre. Es una lástima porque las ardillas relucen sus extraños colores en Chapultepec, y el chile esplende rojo contra los tacos de lengua y ojos. Pero para mí ya no habría otros colores, además de esa sensación de salir corriendo, de escapar, de ver el azul del mar y olvidarse de estas montañas de erotismo volcánico. Mi hotel era el Montecarlo, en la calle Uruguay, sitio de encuentro con el espíritu de D. H. Lawrence y sus mañanas en México. El hotel hervía de escritores jóvenes como yo, de pintores alucinados por el yagé y las pirámides, de beatniks atolondrados entre el mezcal y la marihuana, de ángeles subterráneos empantanados de sexo y poesía.

Una de esas mañanas, en la librería de Cristal, me encuentro con la noticia, en La Gaceta del FCE, que el poeta Álvaro Mutis y su esposa, junto con los esposos García Márquez, acababan de regresar de un viaje por la Grecia Magna. Uno de mis sueños de viajero era poder acercarme un día a este poeta y decirle que desde el día que descubrí en la librería Bonar de Cali sus "Elementos del desastre", allá por 1961, sus poemas habían estado ligados a mi hacer con las palabras como si fueran su alimento terrestre. Pero ahora lo veía imposible. ¿Cómo saltar ese foso que se abría entre el poeta que es noticia por haber estado en el Egeo, y yo que a duras penas hacía legible mi nombre en la ficha del hotel?

Y así seguí rodando por esas viejas y olorosas calles del DF hasta que un día una poeta mexicana, un tanto mayor que yo y más sabia, me preguntó en la calle Tacuba si iba a visitar al poeta Mutis, como hacían todos los colombianos que pasaban por México. Le dije que no, y le expliqué mis razones. Se sonrió y me dijo, "Si algún día lo conoces sabrás entonces que lo que ahora piensas es una tontería". Era una de esas mujeres que ven más allá de la camisa. Pero decidí esperar y continuó el rebullicio

de la poesía callejera, de la "pancita exquisita" a las dos de la mañana, de los carros de basura tratando de poner orden al amanecer. Sin embargo ella insistió y una noche en el café me dejó un papel con el teléfono del poeta. "Estará contento de conocerte", dijo enigmáticamente.

Bien sabemos que todo ser, todo hecho en el suceder de nuestras vidas nos modifica, cambia, y transforma en uno los múltiples hilos que nos conducen a ese todo final que es nada. Es el camino, nos decimos, sin reparar en sus meandros. Pero hay un momento, un ser, que hace tangible ese cambio, que le pone alas a nuestro vuelo, que construye pies a nuestro andar. Era esto lo que se me venía encima cuando marqué ese teléfono y una voz femenina dijo "Twentieth Century Fox, a la orden". Instantes después fue la voz cálida del poeta que precisó mis balbuceos: "Véngase pasado mañana, a las 11, y aquí nos vemos, poeta".

Una hermosa secretaria, una oficina elegante, varios empleados entre papeles, y una puerta cerrada. "El señor Mutis dice que lo espere un momento, está en una reunión telefónica con Los Ángeles". Diez

minutos después, la misma secretaria con un café en la mano, y el señor Mutis ya no tarda. Luego de media hora, y finalizar los fragmentos de "Los cuentos de Genji", que acababa de publicar la revista Plural, en traducción de Kasuya Sakai, decidí irme. La secretaria me miró horrorizada: "No, no me puede hacer eso. El señor Mutis me mata si lo dejo ir. ¿Quiere otro café?".

Era una secretaria muy hermosa, recuerdo, y sólo por verla valía la pena esperar. Pero pronto se acercó de nuevo: "El señor Mutis dice que pase".

Era una oficina elegante, de amplios espacios, con cuadros en las paredes de las gestas napoleónicas. Un escritorio grande y detrás un ser alto, radiante en su generosa sonrisa, sentado de lado con los pies hacia su derecha. Me senté en una cómoda silla de cuero y se me entró el silencio, para decirlo como Rulfo. Entonces se hizo presente eso que tiene que ver con la consternación. No había nada en mi cabeza, excepto esas recriminaciones de "qué estoy haciendo aquí, qué digo, me gusta mucho su poesía, definitivamente soy un imbécil". El poeta me miraba fijamente, sin bajar la sonrisa pero también sin decir palabra. Nos mirábamos y yo desaparecía en el asiento. No sé si a esos huecos en la tierra se los llama minutos o segundos, pero allí estaban. Había que saltar el foso y yo estaba paralizado. Recogió los pies, se puso una mano sobre el mentón, me miró profundamente, y de pronto, golpeó con fuerza el escritorio y dijo con su voz fuerte y entrañable que será la de siempre: "Carajo, poeta, lo mismo me pasó a mí cuando conocí al poeta Pablo Antonio

Cuadra. Yo sé lo que está pensando, qué estoy haciendo aquí, qué digo, mejor me voy que se me hizo tarde. Ah, qué bueno es eso. ¿Desde cuándo anda por México?" Se rió con gusto cuando le conté por qué no lo había buscado antes, y me habló de Grecia, de Creta, del Egeo. Y fue en ese momento que comenzó todo.

Debo seguir con mis símiles de castillos medievales, porque al saltar el foso México se abrió en dos para mí: en uno presidía la presencia de Álvaro, en el otro se multiplicaban todos los días esos poetas andariegos que desde toda América convergían en esa ciudad, así como los poetas y artistas residentes. Y eran en verdad dos polos casi opuestos en ese entonces: muchos de mis amigos, poetas jóvenes, veían en Mutis al reaccionario, al señor burgués, ya que seguían las recetas de una nivelación con acento cubano, atornillados a una ideología autoritaria, rígida, carcelaria, y por el otro el poeta Mutis, quien conocía de la vida lo más alto y lo más bajo, radiaba libertad. No era necesario para mí tomar partido, lo importante era vivir, estar fuera de los convencionalismos políticos, gozar de la imaginación, de la poesía, sin temor a los espantos de la izquierda o la derecha.

Desde ese día comencé a frecuentar a Álvaro una o dos veces por semana. Charlábamos extensamente en su oficina, o esperaba pacientemente que él terminara su trabajo luego del mediodía para ir a buscar en su carro a su hija Francine al colegio, o para caminar por las calles de México visitando librerías, Zaplana, Gandhi, El Sótano, persiguiendo ediciones

de literatura japonesa, china. En esos diálogos, en ese transitar por la atestada ciudad, empecé a darme cuenta de que la poesía de Álvaro era la transubstanciación de una verdad sembrada en su persona, de que todas sus palabras estaban marcadas con su ser de todos los días. La espontaneidad de su risa era el reflejo más claro de su transparencia vital, la cual se emparentaba con ese "corazón al desnudo" que nos viene de Baudelaire.

Hay muchas versiones de cómo fue detenido Álvaro por la Interpol en la ciudad de México, en 1959. Una de éstas me la contó el mismo Álvaro mientras caminábamos por el centro de la ciudad, cerca de la calle García Lorca. Muy teatralmente Álvaro me indicó pararme en la esquina de una de esas calles, y él vino luego por detrás y me tocó suavemente en el hombro: "¿Es usted el señor Álvaro Mutis?", me preguntó con voz suave. "Así fue, mi querido poeta, ya al sólo tocarme la espalda, sin la pregunta siquiera, yo sabía que eran ellos, que mi vida tenía que enfrentar lo que había pasado antes." Mucho hablamos de Lecumberri, la cárcel

donde pasaría 15 meses en un viaje al fin de la noche, para decirlo recordando a Celine.

Por esos días yo publiqué en el suplemento literario del diario El Nacional, que dirigía el poeta español Juan Rejano, una breve antología de la poesía nadaísta. Álvaro la leyó y me dijo, con cierto asombro e interés, "Esta poesía es muy buena, yo tenía una impresión muy negativa del nadaísmo". Le pregunté por qué y me contestó que García Márquez le había hablado mal de Gonzalo Arango y de los nadaístas, y que cuando éstos le dieron a él, Mutis, el premio "Cassius Clay" de poesía lo consideró como algo negativo. Le dejé algunos libros de los nadaístas y al devolvérmelos luego me dijo que le gustaba mucho todo lo que había leído, y mencionó especialmente a Jaime Jaramillo Escobar. Nuestras charlas iban de Cernuda a mis viajes por el Pacífico colombiano, de las calles de Chicago a los libros de Mark Twain, que yo leía con entusiasmo. Compartíamos el mismo amor por Cendrars, Max Jacob, Supervielle, Gangotena, César Moro. Poco hablábamos de literatura latinoamericana, de política, menos de Octavio Paz, algo de Neruda, alguna que otra anécdota de García Márquez. Mucho añoraba los días de Bogotá, sus amigos, la presencia de León de Greiff. Pero como algunos de los que hemos vivido en el exilio por bastante tiempo, sentía mucho dolor por esa forma de olvido en que nos sumen nuestros compatriotas, por la falta de solidaridad que viene de ellos. Esto cambiaría para él luego de los años, pero en aquel entonces todavía estaba presente.

Un día me llevó a conocer a Jomí García Ascot, el poeta español. Fue un momento para nunca olvidar. De pronto yo estaba allí, con un buen vaso de escocés en la mano, y la inmensa amabilidad de este poeta y su esposa. Si algo vencía mi timidez, era que en ningún momento sentía que estaba fuera de lugar. Era como si también hubiera existido un sitio para mi desde siempre entre ellos. Y he allí algo que venía con la presencia de Álvaro, con su inmensa y perenne juventud que nos hace compartir su amistad como si fuéramos compañeros de viaje. Recuerdo que el poeta García Ascot se puso feliz al saber que el jazz para mí tenía su punto más alto en Charlie Parker. Así él lo pensaba también. "Bird" todavía sigue en mis oídos como aquella noche.

La generosidad de Álvaro con mi obra literaria es algo que me ha abrumado siempre. Desde que leyó mis poemas de "El poeta de vidrio", mis cuentos de "El demonio y su mano" trató de hacerlos publicar en México. Lastimosamente la editorial de Monterrey que iba a publicar mis poemas tuvo problemas y no lo hizo, y Joaquín Mortiz, no quiso publicar mis

cuentos porque no era seguro de que me quedara en México para su difusión. Yo siempre estaba con la maleta en la puerta. Sin embargo, Álvaro pronto llevó uno de mis cuentos, "Cables", a Bogotá y consiguió que Ernesto Volkening lo publicara en la Revista Eco. Abría así Álvaro para mí una puerta en el mundo literario colombiano. Años más tarde ofreció prologar mi libro de poemas, que se publicaría en Caracas en 1979. En mi hacer y vivir literario su ángel tutelar siempre me ha acompañado.

A pesar de sus ofrecimientos de que me quedara en México, que también venían de Jomí García Ascot y de otros amigos poetas mexicanos, decidí un día volver al trópico. No me podía ver viviendo en esa planicie sobre lagunas y calzadas. También me desalentaban sus palabras cuando me decía que nunca comprendería a los mexicanos, era más fácil entenderse con los chinos. Para él, que habláramos español era el principal obstáculo.

Y entonces fue Caracas el lugar de nuestros encuentros. Álvaro pasaba frecuentemente por esta ciudad, en un trajinar continuo por América Latina que le permitía ver amigos queridos, pero que también lo deprimía dado que tenía que arreglárselas, como gerente de ventas de su compañía, con personajes no muchas veces encantadores, y a veces hacer antesalas y entrevistar a seres siniestros, como el general Noriega de Panamá, quien controlaba las cadenas de televisión de su país. Sin embargo, lograba escribir mucho en los aeropuertos, y eso lo animaba.

A Álvaro se lo podrá tildar de monárquico, lo cual él acepta encantado, de reaccionario, lo es también, de conservador, por supuesto, de católico, podría ser, pero de lo que nadie lo puede acusar es de no haber querido siempre a sus amigos, de no haber hecho por ellos todo lo posible e imposible. El ir a la cárcel es prueba fehaciente de su ser generoso, fraternal. Así, en Caracas conseguía ver a viejos amigos, hacer amistad con poetas que admiraba. Yo lo acompañaba feliz a estos encuentros y reencuentros.

Juan Sánchez Peláez era uno de ellos. Siempre reían imaginando que si se hubieran puesto de acuerdo, dado que el primer libro de Juan se titulaba "Elena y los elementos", deberían haber publicado un sólo libro titulado "Elena y los elementos del desastre". Ambos eran precisos en el análisis crítico de la obra del otro, en su mutua admiración. Juan señalaba el poder de la palabra en Mutis, su capacidad para hacernos ver casi desde lo cotidiano, lo circunstancial, los pasos profundos de ser, de vivir. "Nadie más cercano a esto que somos todos los días", repetía. Álvaro encontraba en Juan la fuerza que le permitía darse todo entero en el poema: "Cada vez que leemos su poesía vemos que lo ha dejado todo allí, nada resta en la persona que es nuestro amigo. Juan es su poesía, de allí su misterio".

A pesar de sus diferencias ideológicas, Álvaro tenía gran afecto y amistad con Marta Traba, quien por ese entonces de mediados de los 70 vivía en Caracas, junto con su esposo el crítico Ángel Rama. Eran encuentros de muchas reminiscencias de los días en Bogotá, especialmente, de los amigos compartidos. Mi trabajo en la Galería

de Arte Nacional me permitía ver de vez en cuando a Marta, y siempre hablábamos de Álvaro. A ella se le iluminaban los ojos al recordarlo. No así a Ángel Rama, con quien tuve algunos tropiezos al hablar de la obra de Mutis. Rama no alcanzaba a sumergirse tan profundamente como para poder ver los alcances de sus poemas, de sus obras en prosa. Un día, en Maracaibo, tuve una discusión bastante fuerte con Rama sobre esto. Tiempo perdido. Creo que a este crítico lo obstaculizaban dos cosas en su lectura de Mutis: una era la nebulosidad que crean las ideologías cuando de ver más allá de sus límites se trata; la otra su insensibilidad en la escritura. Nadie que escriba tan mal como Rama puede tener los sentidos abiertos lo suficiente para poder captar a un poeta como Mutis. Tal vez esto último esté cargado de cierta rabia, pero lo creo verdadero.

Debo confesar que gracias a Álvaro, a una de sus escalas en Caracas, sucedieron las cosas que vendrían a cambiar radicalmente mi vida, a poner mis pies en lo profundo del mar Egeo. Pero esta es una historia larga, que merece todo un capítulo aparte, y que ya narraré a su debido tiempo.

Pasados los años mi vida desembocó en los Estados Unidos. Ya no fueron tan fáciles nuestros encuentros. En 1987 logré invitar a Álvaro a Cincinnati. Fueron tres días memorables los que compartimos, mi esposa Constantina, mi hijo Alfonso y yo, con él.

Por ese entonces yo había escrito un trabajo largo sobre la literatura y el arte en Colombia, y esto señalaba: "Mutis es el reaccionario que al voltear la cabeza ante el devenir no cae en el éxtasis de lo religioso, como Solyenitzin. Tal vez como Quevedo, escéptico, sabe que en el futuro no hay sino descomposición y polvo. Y por eso su paisaje es amargo aunque no triste ni monótono: una fuerza natural lo hace estallar en las luces de una gloriosa derrota. Mutis no propone nada, no protesta, no alienta el cambio. Y si hoy lo vemos como un renovador de la poesía colombiana, como una de las más altas voces de América, es por esa calidad intrínseca al arte que no respeta las buenas intenciones de progreso sino la verdad de la palabra."

Y de allí fue México el sitio de los esporádicos encuentros, su hermosa casa en la calle Hidalgo, junto a la sonrisa de Carmen, a sus cuadros bizantinos, a la vegetación del trópico siempre presente. Recuerdo que al despedirnos la última vez me recordó ese sitio del cual yo le había hablado, el archipiélago Fourni, frente a la isla de Ikaría, sitio de piratas berberiscos en la antigüedad, de refugiados huyendo de la espada feroz del otomano, de viajeros exilados. "Ese es nuestro sitio", me repitió, "y allí tenemos que ir, no podemos faltar a ese encuentro".

Rodrigo Moya

Rodrigo Moya nació en 1934 en Medellín, Colombia, de padre mexicano —y por ende mexicano de nacimiento— reside en México desde los 2 años de edad. Es conocido por su trayectoria de fotorreportero, documentando acontecimientos de movimientos sociales y humanistas en las décadas 1950 a 1980. Editó por 21 años la revista independiente "Técnica Pesquera", especializada en cuestiones de mar y pesca, sin por ello dejar de fotografiar simultáneamente el mundo que le rodaba y las circunstancias que vivía. Actualmente se dedica a su archivo fotográfico, a difundir sus imágenes mediante exposiciones y libros, participa en coloquios sobre fotografía y colabora intensamente con investigadores e historiadores.

BLANCO MÓVIL
Director: Eduardo Mosches
Director adjunto: Gustavo Ogarrio
Editor responsable: Eduardo Mosches

CONSEJO EDITORIAL
Gerardo Amancio
Andrés Cisneros
Beatriz Escalante
José María Espinasa
Ana Franco
Eve Gil
Francesca Gargallo (q.e.p.d.)
Gabriel Macotela
Eduardo Milán
Cynthia Pech
Miguel Ángel Quemain
Juan Antonio Rosado
Bernardo Ruiz
Adriana Tafoya
Esther Seligson (q.e.p.d.)
Daniel Sada (q.e.p.d.)
Aralia López (q.e.p.d.)

CORRESPONSALES
Floriano Martins (Brasil)
Carles Duarte (Cataluña)
José Kozer (Estados Unidos)
Rodolfo Alonso (Argentina)
Shadi Rohana (Palestina)
Marcela London (Israel)

SECRETARIA DE REDACCIÓN:
Lydia Hernández
RELACIONES PÚBLICAS: Patricia Jacobs (q.e.p.d.)
Fotografías: Rodrigo Moya
Diseño de portada: Pablo Rulfo
Diseño de interiores: Marco Kim
Distribución: EDUCAL y FCE

BLANCO MÓVIL
Momoluco No. 64.
Pedregal de Santo Domingo,
Alcaldía Coyoacán.
C. P. 04369,
Ciudad de México
Teléfono: (55) 56-10-92-99
blanco.19mosches85@yahoo.com.mx
www.blancomovil.com.mx
No. Reserva 04-2017-051117533200-102
Certificado de licitud de título y contenido 17318
Fecha de impresión 2023

Los primeros pasos
Eduardo Mosches

México en la poesía colombiana
Fabio Jurado Valencia

Lo bello y lo terrible en esta casa
José Ángel Leyva

La sangre derramada
Dolores Castro

Florecer es un camino interno
Felipe Agudelo Tenorio

De Mercados y templos
Angela García

Conversando con Rafael Escalona
Marco Antonio Campos

Santo y seña
Jaime Londoño

No todo es mar alegre
Eduardo Mosches

Diario de Bogotá
Josefina Estrada

Colombia, seis poetas de los años cincuenta
Felipe Agudelo Tenorio
Horacio Benavides
Fernando Herrera Gómez
Víctor López Rache
Julián Malatesta
Robinson Quintero

México, seis poetas de los años cincuenta
Hermann Bellinghausen
Jorge Humberto Chávez
Margarito Cuéllar
Kyra Galván
José Angel Leyva
Lucía Rivadeneyra

Ángel afortunado
Rodrigo Moya

Las moscas
Carmen Nozal

California Dancing Club
Hombre acurrucado
Hipólito
Colonia Hipódromo Condesa
Fernando Herrera

Rudos como los montes
A qué parte iré
Celedonio Orjuela Duarte

Caja de cartón
Fénix
Manuel Pachón

Emilia Ayarza, El diario de una mosca
Juan Manuel Roca

Oración a nuestra Señora de Comala
Testamento de Pedro Páramo
Juan Manuel Roca

Yagul
Lasse Soderberg

Mi amigo el poeta Álvaro Mutis
Armando Romero